

# El mágico prodigioso

Pedro Calderón de la Barca (1600-1681)

Este texto digital es de dominio público en España por haberse cumplido más de setenta años desde la muerte de su autor (RDL 1/1996 - Ley de Propiedad Intelectual) . Sin embargo, no todas las leyes de Propiedad Intelectual son iguales en los diferentes países del mundo. Por favor, infórmese de la situación de su país antes de descargar, leer o compartir este fichero.

# El mágico prodigioso

Pedro Calderón de la Barca (1600-1681)

## Personajes

- CIPRIANO
- DEMONIO
- FLORO
- LELIO
- MOSCÓN, criado
- CLARÍN, criado
- El GOBERNADOR de Antioquía
- LISANDRO, viejo
- JUSTINA
- LIVIA, criada
- FABIO



**Pedro Calderón de la Barca** (Madrid, 17 de enero de 1600 – ibídem, 25 de mayo de 1681) destaca como uno de los más importantes escritores, poetas y dramaturgos barrocos del Siglo de Oro español.

Cultivó todos los géneros representando su obra teatral la culminación barroca del modelo teatral creado a finales del siglo XVI y comienzos del XVII por Lope de Vega.

- **Más obras de Calderón de la Barca**
- **Biografía del autor**
- **Descarga Ebooks**

## PRIMERA JORNADA

*Salen CIPRIANO, vestido de estudiante, y  
CLARÍN y MOSCÓN, de gorriones, con unos libros*

CIPRIANO: En la amena soledad  
de aquesta apacible estancia,  
bellísimo laberinto  
de flores, rosas y plantas,  
podéis dejarme, dejando  
conmigo--que ellos me bastan  
por compañía--los libros  
que os mandé sacar de casa;  
que yo, en tanto que Antioquía  
celebra con fiestas tantas  
la fábrica de ese templo  
que hoy a Júpiter consagra,  
y su traslación, llevando  
públicamente su estatua  
adonde con más decoro  
y honor esté colocada,  
huyendo del gran bullicio  
que hay en sus calles y plazas,  
pasar estudiando quiero  
la edad que al día le falta.  
Idos los dos a Antioquía,

gozad de sus fiestas varias,  
y volved por mí a este sitio  
cuando el sol cayendo vaya  
a sepultarse en las ondas,  
que entre oscuras nubes pardas  
al gran cadáver de oro  
son monumentos de plata.  
Aquí me hallaréis.

MOSCÓN: No, puedo,  
aunque tengo mucha gana  
de ver las fiestas, dejar  
de decir, antes que vaya  
a verlas, señor, siquiera  
cuatro o cinco mil palabras.

¿Es posible que en un día  
de tanto gusto, de tanta  
festividad y contento,  
con cuatro libros te salgas  
al campo solo, volviendo  
a su aplauso las espaldas?

CLARÍN: Hace mi señor muy bien;  
que no hay cosa más cansada  
que un día de procesión  
entre cofadres y danzas.

MOSCÓN: En fin, Clarín, y en principio,  
viviendo con arte y maña,  
eres un temporalazo

lisonjero, pues alabas  
lo que hace, y nunca dices  
lo que sientes.

CLARÍN: Tú te engañas,  
que es el mentís más cortés  
que se dice cara a cara;  
que yo digo lo que siento.

CIPRIANO: Ya basta, Moscón; ya basta,  
Clarín. Que siempre los dos  
habéis con vuestra ignorancia  
de estar porfiando, y tomando  
uno de otro la contraria.  
Idos de aquí, y, como digo,  
volved aquí cuando caiga  
la noche, envolviendo en sombras  
esta fábrica gallarda  
del universo.

MOSCÓN: ¿Qué va,  
que, aunque defendido hayas  
que es bueno no ver las fiestas,  
que vas a verlas?

CLARÍN: Es clara  
consecuencia. Nadie hace  
lo que aconseja que hagan  
los otros.

MOSCÓN: (Por ver a Livia, **Aparte**  
vestirme quisiera de alas.)

*Vase MOSCÓN*

CLARÍN: (Aunque, si digo verdad, **Aparte**

Livia es la que me arrebató  
los sentidos. Pues ya tienes  
más de la mitad andada  
del camino, llega, Livia,  
al "na," y sé, Livia, liviana.)

*Vase CLARÍN*

CIPRIANO: Ya estoy solo, ya podré,  
si tanto mi ingenio alcanza,  
estudiar esta cuestión  
que me trae suspensa el alma  
desde que en Plinio leí  
con misteriosas palabras  
la definición de Dios.  
Porque mi ingenio no halla  
este Dios en quien convengan  
misterios ni señas tantas,  
esta verdad escondida  
he de apurar.

*Pónese a leer. Sale el DEMONIO, de  
galán, y lee CIPRIANO*

DEMONIO: (Aunque hagas **Aparte**  
más discursos, Cipriano,  
no has de llegar a alcanzarla,  
que yo te la esconderé.)

CIPRIANO: Ruido siento en estas ramas.

¿Quién va? ¿Quién es?

DEMONIO: Caballero,  
un forastero es, que anda  
en este monte perdido  
desde toda esta mañana,  
tanto que, rendido ya  
el caballo, en la esmeralda  
que es tapete de estos montes  
a un tiempo pace y descansa.

A Antioquía es el camino  
a negocios de importancia;  
y apartándome de toda  
la gente que me acompaña,  
divertido en mis cuidados,  
caudal que a ninguno falta,  
perdí el camino y perdí  
criados y camaradas.

CIPRIANO: Mucho me espanto de que

tan a vista de las altas  
torres de Antioquía, así  
perdido andéis. No hay, de cuantas  
veredas a aqueste monte  
o le línean o le pautan,  
una que a dar en sus muros,  
como en su centro, no vaya.  
por cualquiera que toméis  
vais bien.

DEMONIO: Ésa es la ignorancia:  
a la vista de las ciencias,  
no saber aprovecharlas.  
Y supuesto que no es bien  
que entre yo en ciudad extraña,  
donde no soy conocido,  
solo y preguntando, hasta  
que la noche venza al día,  
aquí estaré lo que falta;  
que en el traje y en los libros  
que os divierten y acompañan  
juzgo que debéis de ser  
grande estudiante, y el alma  
esta inclinación me lleva  
de los que en estudios tratan.

***Siéntase***

CIPRIANO: ¿Habéis estudiado?

DEMONIO: No;

pero sé lo que me basta

para no ser ignorante.

CIPRIANO: Pues ¿qué ciencia sabéis?

DEMONIO: Hartas.

CIPRIANO: Aun estudiándose una

mucho tiempo no se alcanza,

¿y vos--¡grande vanidad!--

sin estudiar sabéis tantas?

DEMONIO: Sí, que de una patria

soy donde las ciencias más altas

sin estudiarse se saben.

CIPRIANO: ¡Oh, quién fuera de esa patria!

Que acá mientras más se estudia,

más se ignora.

DEMONIO: Verdad tanta

es ésta que sin estudios

tuve tan grande arrogancia

que a la cátedra de prima

me opuse, y pensé llevarla,

porque tuve muchos votos;

y, aunque la perdí, me basta

haberlo intentado; que hay

pérdidas con alabanza.

Si no lo queréis creer,

decid qué estudiáis, y vaya  
de argumento; que aunque no  
sé la opinión que os agrada,  
y ella sea la segura,  
yo tomaré la contraria.

CIPRIANO: Mucho me huelgo de que  
a eso vuestro ingenio salga.

Un lugar de Plinio es  
el que me trae con mil ansias  
de entenderle, por saber quién  
es el dios de quien habla.

DEMONIO: Ése es un lugar que dice  
--bien me acuerdo--estas palabras,  
"Díos es una bondad suma,  
una esencia, una sustancia;  
todo vista y todo manos."

CIPRIANO: Es verdad.

DEMONIO: ¿Qué repugnancia  
halláis en esto?

CIPRIANO: No hallar  
el dios de quien Plinio trata;  
que si ha de ser bondad suma,  
aun a Júpiter le falta  
suma bondad, pues le vemos  
que es pecaminoso en tantas  
ocasiones: Dánae hable  
rendida, Europa robada.

Pues ¿cómo en suma bondad,  
cuyas acciones sagradas  
habían de ser divinas,  
cabén pasiones humanas?

DEMONIO: Ésas son falsas historias  
en que las letras profanas  
con los nombres de los dioses  
entendieron disfrazada  
la moral filosofía.

CIPRIANO: Esa respuesta no basta,  
pues el decoro de Dios  
debiera ser tal, que osadas  
no llegaran a su nombre  
las culpas, aun siendo falsas;  
y apurando más el caso,  
si suma bondad se llaman  
los dioses, siempre es forzoso  
que a querer lo mejor vayan;  
pues ¿cómo unos quieren uno,  
y otros otro? Esto se halla  
en las dudosas respuestas  
que suelen dar sus estatuas.  
Porque no digáis después  
que alegué letras profanas...  
A dos ejércitos, dos  
ídolos una batalla  
aseguraron, y el uno

la perdió: ¿no es cosa clara  
la consecuencia de que  
dos voluntades contrarias  
no pueden a un mismo fin ir?

Luego, yendo encontradas,  
es fuerza, si la una es buena,  
que la otra ha de ser mala.

Mala voluntad en Dios  
implica el imaginarla;  
luego no hay suma bondad  
en ellos, si unión les falta.

DEMONIO: Niego la mayor porqué  
aquesas respuestas, dadas  
así, convienen a fines  
que nuestro ingenio no alcanza,  
que es la providencia;  
y más debió importar la batalla  
al que la perdió el perderla,  
que al que la ganó el ganarla.

CIPRIANO: Concedo; pero debiera  
aquel dios, pues que no engañan  
los dioses, no asegurar  
la victoria; que bastaba  
la pérdida permitirla  
allí, sin asegurarla.

Luego, si Dios todo es vista,  
cualquiera dios viera clara

y distintamente el fin;  
y al verle, no asegurara  
el que no había de ser;  
luego, aunque sea deidad tanta,  
distinta en personas, debe  
en la menor circunstancia  
ser una sola en esencia.

DEMONIO: Importó para esa causa  
mover así los afectos  
con su voz.

CIPRIANO: Cuando importara  
el moverlos, genios hay,  
que buenos y malos llaman  
todos los doctos, que son  
unos espíritus que andan  
entre nosotros, dictando  
las obras buenas y malas,  
argumento que asegura  
la inmortalidad del alma;  
y bien pudiera ese dios,  
con ellos, sin que llegara  
a mostrar que mentir sabe,  
mover afectos.

DEMONIO: Repara  
en que esas contrariedades  
no implican al ser las sacras  
deidades una, supuesto

que en las cosas de importancia  
nunca disonaron. Bien  
en la fábrica gallarda  
del hombre se ve, pues fue  
sólo un concepto al obrarla.  
CIPRIANO: Luego, si ése fue uno solo,  
ése tiene más ventaja  
a los otros; y si son  
iguales, puesto que hallas  
que se pueden oponer  
--ésta no puedes negarla--  
en algo, al hacer el hombre,  
cuando el uno lo intentara,  
pudiera decir el otro,  
"No quiero yo que se haga."  
Luego, si Dios todo es manos,  
cuando el uno le criara,  
el otro le deshiciera,  
pues eran manos entrambas  
iguales en el poder,  
desiguales en la instancia.  
¿Quién venciera de estos dos?  
DEMONIO: Sobre imposibles y falsas  
proposiciones no hay  
argumento. Di, ¿qué sacas  
de eso?  
CIPRIANO: Pensar que hay un Dios,

suma bondad, suma gracia,  
todo vista, todo manos,  
infalible, que no engaña,  
superior, que no compite,  
Dios a quien ninguno iguala,  
un principio sin principio,  
una esencia, una sustancia,  
un poder y un querer solo;  
y cuando como éste haya  
una, dos o más personas,  
una deidad soberana  
ha de ser sola en esencia,  
causa de todas las causas.  
DEMONIO: ¿Cómo te puedo negar  
una evidencia tan clara?

***Levántase***

CIPRIANO: ¿Tanto lo sentís?  
DEMONIO: ¿Quién deja  
de sentir que otro le haga  
competencia en el ingenio?  
Y aunque responder no falta,  
dejo de hacerlo, porqué  
gente en este monte anda,  
y es hora de que prosiga

a la ciudad mi jornada.

CIPRIANO: Id en paz.

DEMONIO: Quedad en paz.

(Pues tanto tu estudio alcanza, **Aparte**

yo haré que el estudio olvides,

suspendido en una rara

beldad. Pues tengo licencia

de perseguir con mi rabia

a Justina, sacaré

de un efeto dos venganzas.)

#### ***Vase el DEMONIO***

CIPRIANO: No vi hombre tan notable.

Mas pues mis criados tardan,

volver a repasar quiero

de tanta duda la causa.

#### ***Salen LELIO y FLORO***

LELIO: No pasemos adelante;

que estas peñas, estas ramas

tan intrincadas que al mismo

sol le defienden la entrada,

sólo pueden ser testigos

de nuestro duelo.

FLORO: La espada

sacad; que aquí son las obras,  
si allá fueron las palabras.

LELIO: Ya sé que en el campo muda  
la lengua de acero habla  
de esta suerte.

### ***Riñen***

CIPRIANO: ¿Qué es aquesto?  
Lelio, tente; Floro, aparta;  
que basta que esté yo en medio,  
aunque esté en medio sin armas.

LELIO: ¿De dónde, di, Cipriano,  
a embarazar mi venganza  
has salido?

FLORO: ¿Eres aborto  
de estos troncos y estas ramas?

### ***Salen MOSCÓN y CLARÍN***

MOSCÓN: Corre, que con mi señor  
han sido las cuchilladas.

CLARÍN: Para acercarme a esas cosas  
no suelo yo correr nada;  
mas para apartarme, sí.

LOS DOS: Señor...

CIPRIANO: No habléis más palabra.

Pues ¿qué es esto? Dos amigos  
que por su sangre y su fama  
hoy son de toda Antioquía  
los ojos y la esperanza,  
uno del gobernador  
hijo, y otro de la clara  
familia de los Colaltos,  
¿así aventuran y arrastran  
dos vidas que pueden ser  
de tanto honor a su patria?

LELIO: Cipriano, aunque el respeto  
que debo por muchas causas  
a tu persona, este instante  
tiene suspensa mi espada,  
no la tienes reducida  
a la quietud de la vaina.

Tú sabes de ciencias más  
que de duelos, y no alcanzas  
que a dos nobles en el campo  
no hay respeto que les haga  
amigos, pues sólo es medio  
morir uno en la demanda.

FLORO: Lo mismo te digo, y ruego  
que con tu gente te vayas,  
pues que riñendo nos dejas

sin traición y sin ventaja.

CIPRIANO: Aunque os parece que ignoro

por mi profesión las varias  
leyes del duelo que estudia  
el valor y la arrogancia,  
os engañáis; que nací  
con obligaciones tantas  
como los dos, a saber  
qué es honor y qué es infamia;

y no el darme a los estudios  
mis alientos acobarda;  
que muchas veces se dieron  
las manos letras y armas.

Si el haber salido al campo  
es del reñir circunstancia,  
con haber reñido ya  
esa calumnia se salva;

y así, bien podéis decir  
de esta pendencia la causa;  
que yo, si, habiéndola oído,  
reconociere al contarla  
que alguno de los dos tiene  
algo que se satisfaga,

de dejaros a los dos  
solos, os doy la palabra.

LELIO: Pues con esa condición

de que, en sabiendo la causa,

nos has de dejar reñir,

yo me prefiero a contarla.

Yo quiero a una dama bien,

y Floro quiere a esta dama.

¡Mira tú cómo podrás

convenirnos, pues no hay traza

con que dos nobles celosos

den a partido sus ansias!

FLOORO: Yo quiero a esta dama, y quiero

que no se atreva a mirarla

ni aun el sol; y pues no hay

medio aquí, y que la palabra

nos has dado de dejarnos

reñir, a un lado te aparta.

CIPRIANO: Esperad, que hay que saber

más. ¿Es esta dama dama

a la esperanza posible,

o imposible a la esperanza?

LELIO: Tan principal es, tan noble,

que si el sol celos causara

a Floro, aun de él no podrá

tenerlos con justa causa,

porque presumo que el sol

aun no se atreve a mirarla.

CIPRIANO: ¿Casáste tú con ella?

FLOORO: Ahí está mi confianza.

CIPRIANO: ¿Y tú?

LELIO: ¡Plugiera a los cielos  
que a tanta dicha llegara!  
Que aunque es en extremo pobre,  
la virtud por dote basta.

CIPRIANO: Pues si a casaros con ella  
aspiráis los dos, ¿no es vana  
acción, culpable y indigna,  
querer antes disfamarla?  
¿Qué dirá el mundo, si alguno  
de los dos con ella casa  
después de haber muerto al otro  
por ella? Que aunque no haya  
ocasión para decirlo,  
decirlo sin ella basta.

No digo yo que os sufráis  
el servirla y festejarla  
a un tiempo, porque no quiero  
que de mí partido salga  
tan cobarde; que el galán  
que de sus celos pasara  
primero la contingencia,  
pasará después la infamia;  
pero digo que sepáis  
de cuál de los dos se agrada,  
y luego...

LELIO: Detente, espera;  
que es acción cobarde y baja

ir a que la dama diga  
a quién escoge la dama.  
Pues ha de escogerme a mí  
o a Floro; si a mí, me agrava  
más el empeño en que estoy,  
pues es otro empeño que haya  
quien quiera a la que me quiere.  
Si a Floro escoge, la saña  
de que a otro quiera quien quiero  
es mayor: luego excusada  
acción es que ella lo diga,  
pues con cualquier circunstancia  
hemos en apelación  
de volver a las espadas:  
el querido por su honor,  
y el otro por su venganza.  
FLORO: Confieso que esa opinión  
recibida es y asentada,  
mas con las damas de amores,  
que elegir y dejar tratan;  
y así hoy pedírsela intento  
a su padre. Y pues me basta,  
habiendo al campo salido,  
haber sacado la espada,  
mayormente cuando hay  
quien el reñir embaraza,  
con satisfacción bastante

la vuelvo, Lelio, a la vaina.

LELIO: En parte me ha convencido

tu razón; y aunque apurarla

pudiera, más quiero hacerme

de su parte, o cierta o falsa.

Hoy la pediré a su padre.

CIPRIANO: Supuesto que aquesta dama

en que los dos la serváis

ella no aventura nada,

pues que confesáis los dos

su virtud y su constancia,

decidme quién es; que yo,

pues que tengo mano tanta

en la ciudad, por los dos

quiero preferirme a hablarla,

para que esté prevenida

cuando a eso su padre vaya.

LELIO: Dices bien.

CIPRIANO: ¿Quién es?

FLOOR: Justina,

de Lisandro hija.

CIPRIANO: Al nombrarla

he conocido cuán pocas

fueron vuestras alabanzas;

que es virtuosa y es noble.

Luego voy a visitarla.

FLOOR: El cielo en mi favor mueva

su condición siempre ingrata.

***Vase FLORO***

LELIO: Corone amor, al nombrarme,  
de laurel mis esperanzas.

***Vase LELIO***

CIPRIANO: ¡Oh, quiera el cielo que estorbe  
escándalos y desgracias!

***Vase CIPRIANO***

MOSCÓN: ¿Ha oído vuesa merced  
que nuestro amo va a la casa  
de Justina?

CLARÍN: Sí, señor.

¿Qué hay, que vaya o que no vaya?

MOSCÓN: Hay que no tiene que hacer  
allá usarced.

CLARÍN: ¿Por qué causa?

MOSCÓN: Porque yo por Livia muero,  
que es de Justina criada,

y no quiero que se atreva  
ni el mismo sol a mirarla.

CLARÍN: Basta, que no he de reñir  
en ningún tiempo por dama  
que ha de ser esposa mía.

MOSCÓN: Aquesa opinión me agrada,  
y así es bien que diga ella  
quién la obliga o quién la cansa.  
Vámonos allá los dos,  
y escoja.

CLARÍN: De buena gana,  
aunque ha de escogerte temo.

MOSCÓN: ¿Ya tienes de eso confianza?

CLARÍN: Sí, que escogen lo peor  
siempre las Livias ingratas.

*Vanse MOSCÓN y CLARÍN. Salen JUSTINA y  
LISANDRO*

JUSTINA: No me puedo consolar  
de haber hoy visto, señor,  
el torpe, el común error  
con que todo ese lugar  
templo consagra y altar  
a una imagen que no pudo  
ser deidad; pues que no dudo

que al fin, si algún testimonio  
da de serlo, es el demonio,  
que da aliento a un bronce mudo.

LISANDRO: No fueras, bella Justina,  
quien eres, si no lloraras,  
sintieras y lamentaras  
esa tragedia, esa rüina  
que la religión divina  
de Cristo padece hoy.

JUSTINA: Es cierto, pues al fin soy  
hija tuya, y no lo fuera  
si llorando no estuviera  
ansias que mirando estoy.

LISANDRO: ¡Ay, Justina! No ha nacido  
de ser tú mi hija, no,  
que no soy tan feliz yo.

Mas--¡ay Dios!--¿cómo he rompido  
secreto tan escondido?  
Afecto del alma fue.

JUSTINA: ¿Qué dices, señor?

LISANDRO: No sé.

Confuso estoy y turbado.

JUSTINA: Muchas veces te he escuchado  
lo que ahora te escuché,  
y nunca quise, señor,  
a costa de un sufrimiento,  
apurar tu sentimiento

ni examinar mi dolor;  
pero viendo que es error  
que de entenderte no acabe,  
aunque sea culpa grave,  
que partas, señor, te pido  
tu secreto con mi oído,  
ya que en tu pecho no cabe.

LISANDRO: Justina, de un gran secreto

el efeto te callé,  
la edad que tienes, porqué  
siempre he temido el efeto;  
mas viéndote ya sujeto  
capaz de ver y advertir,  
y viéndome a mí que, al ir  
con este báculo dando  
en la tierra, voy llamando  
a las puertas del morir,  
no te tengo de dejar  
con esta ignorancia, no,  
porque no cumpliera yo  
mi obligación con callar:  
y así, atiende a mi pesar  
tu placer.

JUSTINA: Conmigo lucha

un temor.

LISANDRO: Mi pena es mucha,  
pero esto es ley y razón.

JUSTINA: Señor, de esta confusión  
me rescata.

LISANDRO: Pues escucha.

Yo soy, hermosa Justina,  
Lisandro... No de que empiece  
desde mi nombre te admires;  
que aunque ya sabes que es éste,  
por lo que se sigue al nombre  
es justo que te le acuerde,  
pues de mí no sabes más  
que mi nombre solamente.  
Lisandro soy, natural  
de aquella ciudad que en siete  
montes es hidra de piedra,  
pues siete cabezas tiene; de  
aquella que es silla hoy  
del romano imperio--¡oh, llegue  
del cristiano a serlo, pues  
Roma sólo lo merece!--.  
En ella nací de humildes  
padres, si es que nombre adquieres  
de humildes los que dejaron  
tantas virtudes por bienes.  
Cristianos nacieron ambos,  
venturosos descendientes  
de algunos que con su sangre

rubricaron felizmente  
las fatigas de la vida  
con los triunfos de la muerte.  
En la religión cristiana  
crecí industriado, de suerte  
que en su defensa daré  
la vida una y muchas veces.  
Joven era, cuando a Roma  
llegó encubierto el prudente  
Alejandro, papa nuestro,  
que la apostólica sede  
governaba, sin tener  
donde tenerla pudiese;  
que como la tiranía  
de los gentiles crüeles  
su sed apaga con sangre  
de la que a mártires vierte,  
hoy la primitiva iglesia  
ocultos sus hijos tiene;  
no porque el morir rehusan,  
no porque el martirio temen,  
sino porque de una vez  
no acabe el rigor rebelde  
con todos, y, destrüida  
la iglesia, en ella no quede  
quien catequice al gentil,  
quien le predique y le enseñe.

A Roma, pues, Alejandro llegó;  
y yendo oculto a verle,  
recibí su bendición,  
y de su mano clemente  
todos los órdenes sacros,  
a cuya dignidad tiene  
envidia el ángel, pues sólo  
el hombre serlo merece.  
Mandóme Alejandro, pues,  
que a Antioquía me partiese  
a predicar de secreto  
la ley de Cristo. Obediente,  
peregrinando a merced  
de tantas diversas gentes,  
a Antioquía vine; y cuando  
desde aquesos eminentes  
montes llegué a descubrir  
sus dorados chapiteles,  
el sol me faltó, y, llevando  
tras sí el día, por hacerme  
compañía, me dejó  
a que le sustituyesen  
las estrellas, como en prendas  
de que presto vendría a verme.  
Con el sol perdí el camino,  
y, vagando tristemente  
en lo intrincado del monte,

me hallé en un oculto albergue,  
donde los trémulos rayos  
de tanta antorcha viviente,  
aun no se dejaban ya  
ver, porque confusamente  
servían de nubes pardas  
las que fueron hojas verdes.  
Aquí, dispuesto a esperar  
que otra vez el sol saliese,  
dando a la imaginación  
la jurisdicción que tiene,  
con las soledades hice  
mil discursos diferentes.  
De esta suerte, pues, estaba,  
cuando de un suspiro leve  
el eco mal informado  
la mitad al dueño vuelve.  
Retruje al oído todos  
mis sentidos juntamente,  
y volví a oír más distinto  
aquel aliento y más débil,  
mudo idioma de los tristes,  
pues con él solo se entienden.  
De mujer era el gemido,  
a cuyo aliento sucede  
la voz de un hombre, que a media  
voz decía de esta suerte,

"Primer mancha de la sangre  
más noble, a mis manos muere,  
antes que a morir a manos  
de infames verdugos llegues."

La infeliz mujer decía  
en medias razones breves,

"Duélete tú de tu sangre,  
ya que de mí no te dueles."

Llegar pretendí yo entonces  
a estorbar rigor tan fuerte;  
mas no pude, porque al punto  
las voces se desvanecen,  
y vi al hombre en un caballo,  
que entre los troncos se pierde.

Imán fue de mi piedad  
la voz, que ya balbuciente  
y desmayada decía,  
gimiendo y llorando a veces,  
"Mártir muero, pues que muero  
por cristiana e inocente."

Y siguiendo de la voz  
el norte, en espacio breve  
llegué donde una mujer,  
que apenas dejaba verse,  
estaba a brazo partido  
luchando ya con la muerte.  
Apenas me sintió cuando

dijo, esforzándose, "Vuelve,  
sangriento homicida mío,  
ni aun este instante me dejes  
de vida." "No soy," le dije,  
"sino quien acaso viene,  
quizá del cielo guiado,  
a valeros en tan fuerte  
ocasión." "Ya que imposible  
es," dijo, "el favor que ofrece  
vuestra piedad a mi vida,  
pues que por puntos fallece,  
lógrese en ese infelice  
en quien hoy el cielo quiere,  
naciendo de mi sepulcro,  
que mis desdichas herede."  
Y espirando, vi...

***Sale LIVIA***

LIVIA: Señor,  
el mercader a quien debes  
aquel dinero a buscarte  
ahí con la justicia viene.  
Que no estás en casa dije.  
Por esotra puerta vete.

JUSTINA: ¡Cuánto siento que a estorbarte  
en aquesta ocasión llegue,  
que estaba a tu relación  
vida, alma y razón pendientes!  
Mas vete ahora, señor.  
la justicia no te encuentre.

LISANDRO: ¡Ay de mí! ¡Qué de desaires  
la necesidad padece!

***Vase LISANDRO***

JUSTINA: Sin duda entran hasta aquí,  
porque siento ahí fuera gente.

LIVIA: No son ellos; Cipriano  
es.

JUSTINA: Pues ¿qué es lo que pretende  
Cipriano aquí?

***Salen CIPRIANO, CLARÍN y  
MOSCÓN***

CIPRIANO: Serviros,  
oh señora, solamente.  
Viendo salir la justicia  
de vuestra casa, se atreve

a entrar aquí mi amistad,  
por la que a Lisandro debe,  
a sólo saber...(¡Turbado **Aparte**  
estoy!)... si acaso... (Qué fuerte **Aparte**  
hielo discurre mis venas!)  
en algo serviros puede  
mi deseo. (¡Qué mal dije! **Aparte**  
Que no es hielo, fuego es éste.)

JUSTINA: Guárdeos el cielo mil años;  
que en mayores intereses  
habéis de honrar a mi padre  
con vuestros favores.

CIPRIANO: Siempre  
estaré para serviros.  
(¿Qué me turba y enmudece?) **Aparte**

JUSTINA: Él ahora no está en casa.

CIPRIANO: Luego bien, señora, puede  
mi voz decir la ocasión  
que aquí me trae claramente;  
que no es la que habéis oído  
sola la que a entrar me mueve  
a veros.

JUSTINA: Pues ¿qué mandáis?

CIPRIANO: Que me oigáis. Yo seré breve.

Hermosísima Justina,  
en quien hoy ostenta ufana

la naturaleza humana  
tantas señas de divina:  
vuestra quietud determina  
hallar mi deseo este día;  
pero ved que es tiranía,  
como el efeto lo muestra,  
que os dé yo la quietud vuestra,  
y vos me quitéis la mía.  
Lelio, de su amor movido...  
(¡No vi amor más disculpado!) **Aparte**  
...Floro, de su amor llevado...  
(¡No vi error más permitido!) **Aparte**  
...el uno y otro han querido  
por vos matarse los dos;  
por vos lo he estorbado--¡ay Dios!--  
pero ved que es error fuerte  
que yo quite a otros la muerte  
para que me la deis vos.  
Por excusar el que hubiera  
escándalo en el lugar,  
de su parte os vengo a hablar,  
(¡oh nunca a hablaros viniera!) **Aparte**  
porque vuestra elección fuera  
árbitro de sus recelos  
y júez de sus desvelos;  
pero ved que es gran rigor  
que yo componga su amor

y vos dispongáis mis celos.  
Hablaros, pues, ofrecí,  
señora, para que vos  
escogierais de los dos  
cuál queréis...(¡infeliz fui!) **Aparte**  
que a vuestro padre...(¡ay de mí!) **Aparte**  
os pida. Aquesto pretendo;  
pero ved... (¡yo estoy muriendo!) **Aparte**  
que es injusto...(¡estoy temblando!) **Aparte**  
...que esté por ellos hablando  
y que esté por mí sintiendo.

JUSTINA: De tal manera he extrañado  
vuestra vil proposición  
que el discurso y la razón  
en un punto me han faltado.

Ni a Floro ocasión he dado,  
ni a Lelio, para que así  
vos os atreváis aquí:  
y bien pudiérades vos  
escarmentar en los dos  
del rigor que vive en mí.

CIPRIANO: Si yo, por haber querido  
vos a alguno, pretendiera  
vuestro favor, mi amor fuera  
necio, infame y mal nacido.  
Antes por haber vos sido  
firme roca a tantos mares,

os quiero, y en los pesares  
no escarmiento de los dos;  
que yo no quiero que vos  
me queráis por ejemplares.

¿Qué diré a Lelio?

JUSTINA: Que crea  
los costosos desengaños  
de un amor de tantos años.

CIPRIANO: ¿Y a Floro?

JUSTINA: Que no me vea.

CIPRIANO: ¿Y a mí?

JUSTINA: Que osado no sea  
vuestro amor.

CIPRIANO: ¿Cómo, si es dios?

JUSTINA: ¿Será más dios para vos  
que para los dos lo ha sido?

CIPRIANO: Sí.

JUSTINA: Pues ya yo he respondido  
a Lelio, a Floro y a vos.

***Vanse CIPRIANO y JUSTINA, cada uno por su  
puerta***

CLARÍN: Señora Livia.

MOSCÓN: Señora  
Livia.

CLARÍN: Aquí estamos los dos.

LIVIA: Pues ¿qué queréis vos? Y vos

¿qué queréis?

CLARÍN: Que usted ahora,  
por si por dicha lo ignora,  
sepa que bien la queremos.

Para matarnos nos vemos;  
pero atentos a no dar  
escándalo en el lugar,  
que uno escoja pretendemos.

LIVIA: Es tan grande el sentimiento  
de que así me hayáis hablado  
que mi dolor me ha dejado  
sin razón ni entendimiento.

¡Qué uno escoja! ¿Hay sufrimiento  
en lance tan importuno?

¡Uno yo! ¿Pues oportuno  
no es para tener--¡ay Dios!--  
este ingenio a un tiempo dos?

¿Qué queréis que escoja uno?

CLARÍN: ¿Dos a un tiempo, cómo quieres?

¿No te embarazarán dos?

LIVIA: No, que de dos en dos los  
digerimos las mujeres.

MOSCÓN: ¿De qué suerte te prefieres  
a eso?

LIVIA: ¡Qué necia porfía!

Queriéndós la lealtad mía

MOSCÓN: ¿Cómo?

LIVIA: *Alternative.*

CLARÍN: Pues

¿qué es *alternative*?

LIVIA: Es

querer a cada uno un día.

#### ***Vase LIVIA***

MOSCÓN: Pues yo escojo este primero.

CLARÍN: Mayor será el de mañana;  
yo le doy de buena gana.

MOSCÓN: Livia, en fin, por quien yo muero,  
hoy me quiere y hoy la quiero.

Bien es que tal dicha goce.

CLARÍN: Oye usted, ya me conoce.

MOSCÓN: ¿Por qué lo dice? Concluya.

CLARÍN: Porque sepa que no es suya,  
en dando que den las doce.

***Vanse MOSCÓN y CLARÍN. Salen FLORO: y LELIO, de  
noche, cada uno por su puerta***

LELIO: (Apenas la oscura noche **Aparte**

extendió su manto negro  
cuando yo a adorar la esfera  
de aquestos umbrales vengo;  
que aunque hoy por Cipriano  
tengo suspenso el acero,  
no el afecto; que no pueden  
suspenderse los afectos.)

FLORO: (Aquí me ha de hallar el alba; **Aparte**

que en otra parte violento  
estoy, porque, en fin, en otra  
estoy fuera de mi centro.

¡Quiera Amor que llegue el día  
y la respuesta que espero  
con Cipriano, tocando  
o la ventura o el riesgo!)

LELIO: (Ruido en aquella ventana **Aparte**

he sentido.)

FLORO: (Ruido han hecho **Aparte**

en aquel balcón.)

*Sale el DEMONIO al balcón*

LELIO: (Un bulto **Aparte**

sale de ella, a lo que puedo  
distinguir.)

FLORO: (Gente se asoma **Aparte**

a él, que entre sombras veo.)

DEMONIO: (Para las persecuciones **Aparte**

que hacer en Justina intento

a difamar su virtud

de esta manera me atrevo.)

*Baja el DEMONIO por una escala*

LELIO: (Mas ¡ay infeliz! ¡Qué miro!) **Aparte**

FLOORO: (Pero ¡ay infeliz! ¡Qué veo!) **Aparte**

LELIO: (El negro bulto se arroja **Aparte**

ya desde el balcón al suelo.)

FLOORO: (Un hombre es, que de su casa **Aparte**

sale. No me matéis, celos,

hasta que sepa quién es.)

LELIO: (Reconocerle pretendo, **Aparte**

y averiguar de una vez

quién logra el bien que yo pierdo.)

*Llegan el uno al otro con las espadas desnudas, y al*

*llegar se hunde el DEMONIO, y quedan los dos*

*afirmados*

DEMONIO (No sólo he de conseguir **Aparte**

hoy de Justina el desprecio,

sino rencores y muertes.

Ya llegan: ábrase el centro,  
dejando esta confusión  
a sus ojos.)

### *Húndese ahora*

LELIO: Caballero,  
quienquiera que seáis, a mí  
me ha importado conoceros;  
y a todo trance restado  
con esta demanda vengo.  
Decid quién sois.

FLORO: Si os obliga  
a tan valiente despecho  
saber en quién ha caído  
vuestro amoroso secreto,  
más que el conocerme a vos  
me importa a mí el conoceros;  
que en vos es curiosidad,  
y en mí es más, porque son celos.  
¡Vive Dios, que he de saber  
quién es de la casa dueño,  
y quién a estas horas gana,  
por ese balcón saliendo,  
lo que yo pierdo llorando

a estas rejas!

LELIO: ¡Bueno es eso,  
querer deslumbrar ahora  
la luz de mis sentimientos,  
atribuyéndome a mí  
delito que sólo es vuestro!  
Quién sois tengo de saber,  
y dar muerte a quien me ha muerto  
de celos, saliendo ahora  
por ese balcón.

FLORO: ¡Qué necio  
recato, encubrirse cuando  
está el amor descubierto!

LELIO: En vano la lengua apura  
lo que mejor el acero  
hará.

FLORO: Con él os respondo.

LELIO: Quién ha sido, saber tengo,  
hoy el admitido amante  
de Justina.

FLORO: Ése es mi intento.  
Moriré, o sabré quién sois.

***Salen CIPRIANO, MOSCÓN y CLARÍN***

CIPRIANO: Caballeros, deteneos,

si a aquesto puede obligaros  
haber llegado a este tiempo.

FLOORO: Nada me puede obligar  
a que deje el fin que intento.

CIPRIANO: ¿Floro?

FLOORO: Sí, que con la espada  
en la mano, nunca niego  
mi nombre.

CIPRIANO: A tu lado estoy;  
muera quien te ofende.

LELIO: Menos  
que temer me daréis todos  
que él me daba solo.

CIPRIANO: ¿Lelio?

LELIO: Sí.

### **A FLORO**

CIPRIANO: Ya no estoy a tu lado,  
porque es fuerza estar en medio.  
¿Qué es esto? ¡En un día dos veces  
he de hallarme a componeros!

LELIO: Ésta la última será,  
porque ya estamos compuestos;  
que con haber conocido  
quién es de Justina dueño,

no le queda a mi esperanza  
ni aun el menor pensamiento.  
Si no has hablado a Justina,  
que no la hables te ruego  
de parte de mis agravios  
y mis desdichas, habiendo  
visto que Floro merece  
sus favores en secreto.  
De ese balcón ha bajado  
de gozar el bien que pierdo;  
y no es mi amor tan infame  
que haya de querer, atento  
a celos averiguados,  
con desengaños tan ciertos.

**Vase LELIO**

FLORO: Espera.

CIPRIANO: No has de seguirle...

(De haberle oído estoy muerto) **Aparte**

que si es él el que ha perdido  
...lo que has ganado, y dispuesto  
a olvidar está, no es bien  
apurar su sufrimiento.

FLORO: Tú y él apuráis el mío

con estas cosas a un tiempo;  
y así a Justina no hables  
por mí; que aunque yo pretendo  
a costa de mis agravios  
vengarme de sus desprecios,  
ya la esperanza de ser  
suyo cesó, porque creo  
que no es noble el que porfía  
sobre averiguados celos.

**Vase FLORO**

CIPRIANO: (¿Qué es esto, cielos? ¿Qué escucho?  
¿El uno del otro a un tiempo  
unos mismos celos tienen,  
y yo de uno y otro los tengo?  
Los dos sin duda padecen  
algún engaño, y yo tengo  
que agradecerle, pues ya  
los dos desisten en esto  
de su pretensión. Desdichas,  
aunque haya sido consuelo  
este discurso, buscado  
de mis ansias, le agradezco.)  
Moscón, prevenme mañana  
galas; Clarín, tráeme luego

espada y plumas; que amor  
se regala en el objeto  
airoso y lucido; y ya  
ni libros ni estudios quiero,  
porque digan que es amor  
homicida del ingenio.

*Vanse todos*

FIN DE LA PRIMERA JORNADA

## SEGUNDA JORNADA

*Salen CIPRIANO, MOSCÓN y CLARÍN,  
vestidos de galanes*

CIPRIANO: (Altos pensamientos míos, **Aparte**

¿dónde, dónde me traéis,  
si ya por cierto tenéis  
que son locos desvaríos  
los que intentáis,  
pues, atreviéndos al cielo,  
precipitados de un vuelo  
hasta el abismo bajáis?  
Vi a Justina... ¡A Dios pluguiera  
que nunca viera a Justina,  
ni en su perfección divina  
la luz de la cuarta esfera!  
Dos amantes la pretenden,  
uno del otro ofendido;  
y yo, a dos celos rendido,  
aun no sé los que me ofenden:  
sólo sé que mis recelos  
me despeñan con sus furias  
de un desdén a las injurias,  
de un agravio a los desvelos.

Todo lo demás ignoro,  
y en tan abrasado empeño,  
cielos, Justina es mi dueño,  
cielos, a Justina adoro.)

Moscón.

MOSCÓN: Señor.

CIPRIANO: Ve si está

Lisandro en casa.

MOSCÓN: Es razón.

CLARÍN: No es; yo iré, porque Moscón  
hoy no puede entrar allá.

CIPRIANO: ¡Oh qué cansada porfía  
siempre la de los dos fue!  
¿Por qué no puede? ¿Por qué?

CLARÍN: Porque hoy, señor, no es su día  
mío sí, y de buena gana  
a dar el recado voy;  
que yo allá puedo entrar hoy,  
y Moscón no, hasta mañana.

CIPRIANO: ¿Qué nueva locura es ésta,  
añadida al porfiar?

Ni tú ni él habéis de entrar  
ya, pues su luz manifiesta  
Justina.

CLARÍN: De fuera viene.  
hacia su casa.

*Salen LIVIA y JUSTINA, con mantos, por una  
puerta*

JUSTINA: ¡Ay de mí!

Livia, Cipriano está aquí.

CIPRIANO: (Disimular me conviene **Aparte**

de mis celos los desvelos,

hasta apurarlos mejor.

Sólo la hablaré en mi amor,

si lo permiten mis celos.)

No en vano, señora, ha sido

haber el traje mudado,

para que, como criado,

pueda, a vuestros pies rendido,

serviros. A mereceros

esto lleguen mis suspiros.

dad licencia de serviros,

pues no la dais de quereros.

JUSTINA: Poco, señor, han podido

mis desengaños con vos,

pues no han podido...

CIPRIANO: ¡Ay Dios!

JUSTINA: ... mereceros un olvido.

¿De qué manera queréis

que os diga cuánto es en vano

la asistencia, Cipriano,

que a mis umbrales tenéis?  
Si días, si meses, si años,  
si siglos a ellos estáis,  
no esperéis que a ellos oigáis  
sino sólo desengaños,  
porque es mi rigor de suerte,  
de suerte mis males fieros,  
que es imposible quereros,  
Cipriano, hasta la muerte.

#### **Vase JUSTINA**

CIPRIANO: La esperanza que me dais  
ya dichoso puede hacerme.  
si en muerte habéis de quererme,  
muy corto plazo tomáis.  
Yo le acepto, y si a advertir  
llegáis cuán presto ha de ser,  
empezad vos a querer,  
que yo ya empiezo a morir.  
CLARÍN: En tanto que mi señor,  
Livia, triste y discursivo,  
está de esqueleto vivo  
desengañando a su amor,  
dame los brazos.  
LIVIA: Paciencia

ten, mientras que considero  
si es tu día; que no quiero  
encargar yo mi conciencia.

Martes sí, miércoles no

CLARÍN: ¿Qué cuentas, pues ha callado  
Moscón?

LIVIA: Puede haberse errado,  
y no quiero errarme yo;  
porque no quiero, si arguyo  
que justicia he de guardar,  
condenarme por no dar  
a cada uno lo que es suyo.  
Pero bien dices, tu día  
es hoy.

CLARÍN: Pues dame los brazos.

LIVIA: Con mil amorosos lazos.

MOSCÓN: ¿Oye usarcé, reina mía?

Bien ve usarcé, con la gana  
que hoy aquesos lazos hace.

Dígolo porque me abrace  
con la misma a mí mañana.

LIVIA: Excusada es la sospecha  
de que a usted no satisfaga,  
ni quiera Júpiter que haga  
yo una cosa tan mal hecha  
como usar de demasía  
con nadie. Yo abrazaré

con mucha equidad a usted  
cuando le toque su día.

**Vase LIVIA**

CLARÍN: Por lo menos, no he de vello  
yo.

MOSCÓN: Pues eso ¿qué ha importado?

¿Puede a mí haberme agraviado  
jamás, si reparo en ello,  
una moza que no es mía?

CLARÍN: No.

MOSCÓN: Luego yo bien porfío

que no ha sido en daño mío

lo que no ha sido en mi día.

Mas ¿qué hace nuestro amo allí

tan suspenso?

CLARÍN: Por si a hablar

llega algo, quiero escuchar.

MOSCÓN: Y yo también.

CIPRIANO: ¡Ay de mí!

***Al irse acercando cada uno por su lado, CIPRIANO con***

***la acción da a entrambos***

¡Que tanto, Amor, desconfíes!

CLARÍN: ¡Ay de mí!

MOSCÓN: ¡Ay de mí! también.

CLARÍN: Llamar a este sitio es bien  
la Isla de los Ay-de-míes.

CIPRIANO: ¿Aquí estábades los dos?

CLARÍN: Yo bien juraré que estaba.

MOSCÓN: Yo y todo.

CIPRIANO: Desdicha, acaba

de una vez conmigo. ¡Ay Dios!

¿Viose en tan nuevos extremos  
el humano corazón?

CLARÍN: ¿Adónde vamos, Moscón?

MOSCÓN: En llegando lo sabremos.

Pero fuera del lugar  
camina.

CLARÍN: Excusado es

salir al campo, pues  
no tenemos que estudiar.

CIPRIANO: Clarín, vete a casa.

MOSCÓN: ¿Y yo?

CLARÍN: ¿Tú te habías de quedar?

CIPRIANO: Los dos me habéis de dejar.

CLARÍN: A entrambos nos lo mandó.

***Vanse CLARÍN y MOSCÓN***

CIPRIANO: Confusa memoria mía,  
no tan poderosa estés  
que me persüadas que es  
otra alma la que me guía.  
Idólatra me cegué,  
ambicioso me perdí,  
porque una hermosura vi,  
porque una deidad miré;  
y entre confusos desvelos  
de un equívoco rigor  
conozco a quien tengo amor,  
y no de quien tengo celos.  
Ya tanto aquesta pasión  
arrastra mi pensamiento,  
tanto--¡ay de mí!--este tormento  
lleva mi imaginación  
que diera--despecho es loco,  
indigno de un noble ingenio--  
al más diabólico genio  
--harto al infierno provoco--  
ya rendido, y ya sujeto  
a penar y padecer,  
por gozar a esta mujer  
diera el alma.

**Dentro**

DEMONIO: Yo la aceto.

*Suena ruido de truenos como tempestad y  
rayos*

CIPRIANO: ¿Qué es ésto, cielos puros?

¡Claros a un tiempo, y en el mismo oscuros!

Dando al día desmayos,

los truenos, los relámpagos y rayos

abortan de su centro

los asombros que ya no caben dentro.

De nubes todo el cielo se corona,

y, preñado de horrores, no perdona

el rizado copete de este monte.

Todo nuestro horizonte

es ardiente pincel del Mongibelo,

niebla el sol, humo el aire, fuego el cielo.

¡Tanto ha que te dejé, filosofía,

que ignoro los efectos de este día!

Hasta el mar sobre nubes se imagina

desesperada rüina,

pues, crespo sobre el viento en leves plumas,

le pasa por pavesas las espumas.

Naufragando, una nave

en todo el mar parece que no cabe;  
pues el amparo más seguro y cierto  
es cuando huye la piedad del puerto.  
El clamor, el asombro y el gemido  
fatal presagio han sido  
de la muerte que espera; y lo que tarda  
es porque esté muriendo lo que aguarda.  
Y aun en ella también vienen portentos;  
no son todos de cielos y elementos.  
El bajel, prodigiosa maravilla,  
desde el tope a la quilla  
todo negro, su máquina sustenta,  
si no es que se vistió de su tormenta.  
A chocar en la tierra  
viene. Ya no es del mar sólo la guerra,  
pues la que se le ofrece,  
un peñasco le arrima en que tropiece,  
porque la espuma en sangre se salpique.

### ***Dentro TODOS***

TODOS: Que nos vamos a pique.

DEMONIO: En una tabla quiero  
salir a tierra, para el fin que espero.

CIPRIANO: Porque su horror se asombre,  
burlando su poder, escapa un hombre,

y el bajel, que en las ondas ya se ofusca,  
el camarín de los tritones busca,  
y en cresco remolino,  
es cadáver del mar, cascado el pino.

*Sale el DEMONIO, mojado, como que  
sale del mar*

DEMONIO: (Para el prodigio que intento, **Aparte**

hoy me ha importado fingir  
sobre campos de zafir  
este espantoso portento;  
y en forma desconocida  
de la que otra vez me vio,  
cuando en este monte yo  
miré mi ciencia excedida,  
vengo a hacerle nueva guerra,  
valiéndome así mejor  
de su ingenio y de su amor.)  
Dulce madre, amada tierra,  
dame amparo contra aquel  
monstruo que de sí me arroja.

CIPRIANO: Pierde, amigo, la congoja

y la memoria crüel  
de tu reciente fortuna,  
viendo en tu mayor trabajo

que no hay firme bien debajo  
de los cercos de la luna.

DEMONIO: ¿Quién eres tú, a cuyas plantas  
mí fortuna me ha traído?

CIPRIANO: Quien, de la piedad movido  
de ruinas y penas tantas,  
serte de alivio quisiera.

DEMONIO: Imposible vendrá a ser;  
que no le puedo tener  
yo jamás.

CIPRIANO: ¿De qué manera?

DEMONIO: Todo mi bien he perdido,  
pero sin razón me quejo,  
pues ya con la vida dejo  
mis memorias al olvido.

CIPRIANO: Ya que de aquel torbellino  
el terremoto cesó,  
y el cielo a su paz volvió,  
manso, quieto y cristalino,  
con tal priesa que su grave  
enojo nos da a entender  
que sólo debió de ser  
hasta consumir tu nave,  
dime quién eres, siquiera  
por la piedad que me das.

DEMONIO: Más de lo que has visto y más  
de lo que decir pudiera

me cuesta el llegar aquí;  
que es mi fortuna crüel.  
La menor es del bajel.  
¿Quieres ver si es cierto?

CIPRIANO: Sí.

DEMONIO: Yo soy, pues saberlo quieres,  
un epílogo, un asombro  
de venturas y desdichas,  
que unas pierdo y otras lloro.  
Tan galán fui por mis partes,  
por mi lustre tan heroico,  
tan noble por mi linaje  
y por mi ingenio tan docto,  
que, aficionado a mis prendas  
un rey, el mayor de todos  
--puesto que todos le temen,  
si le ven airado el rostro--  
en su palacio cubierto  
de diamantes y piropos  
--y aun si los llamase estrellas  
fuera el hipérbole corto--  
me llamó valido suyo,  
cuyo aplauso generoso  
me dio tan grande soberbia  
que competí al regio solio,

quiere poner las plantas  
sobre sus dorados tronos.  
Fue bárbaro atrevimiento:  
castigado lo conozco.  
Loco anduve; pero fuera,  
arrepentido, más loco.  
Más quiero en mi obstinación  
con mis alientos bríosos  
despeñarme de bizarro  
que rendirme de medroso.  
Si fueron temeridades,  
no me vi en ellas tan solo  
que de sus mismos vasallos  
no tuviese muchos votos.  
De su corte, en fin, vencido,  
aunque en parte vitorioso,  
salí arrojando venenos  
por la boca y por los ojos,  
y pregonando venganzas,  
por ser mi agravio notorio,  
logrando en las gentes suyas  
insultos, muertes y robos.  
Los anchos campos del mar  
sangriento pirata corro,  
Argos ya de sus bajíos,  
y lince de sus escollos.  
En aquel bajel que el viento

desvaneció en leves soplos,  
en aquel bajel que el mar  
convirtió en ruina sin polvo,  
esas campañas de vidrio  
hoy corría codicioso,  
hasta examinar un monte  
piedra a piedra y tronco a tronco;  
porque en él un hombre vive,  
y a buscarle me dispongo,  
a que cumpla una palabra  
que él me ha dado y yo le otorgo.  
Embistióme esta tormenta;  
y aunque pudo prodigioso  
mi ingenio enfrenar a un tiempo  
al euro, al cierzo y al noto,  
no quise desesperado,  
por otras causas, por otros  
fines, convertirlos hoy  
en regalados favonios.  
Que pude, dije, y no quise.  
(Aquí de su ingenio noto **Aparte**  
los riesgos, puesto que así  
de mágicas le aficiono.)  
No te espantes del despecho,  
ni del prodigio tampoco,  
de aquél, porque yo con iras  
me diera muerte a mí propio;

ni de éste, porque con ciencias  
daré al sol pálido asombro.  
Soy, en la magia que alcanzo,  
el registro poderoso  
de esos orbes. Línea a línea  
los he discurrido todos.  
Y porque no te parezca  
que sin ocasión blasono,  
mira si a este mismo instante  
quieres que lo inculto y tosco  
de este Nembrot de peñascos,  
más bruto que el babilonio,  
te facilite lo horrible,  
sin que pierda lo frondoso.  
Éste soy, huérfano huésped  
de estos fresnos, de estos chopos;  
y aunque éste soy, a tus plantas  
quiero pedirte socorro;  
y quiero, en el que me dieres,  
librarte el bien que te compro  
con el afán de mi estudio,  
que en experiencias abono,  
trayéndote a tu albedrío...  
(Aquí en el amor le toco) **Aparte**  
...cuanto te pida el deseo  
más avaro y codicioso.  
Y en tanto que no le aceptes,

ya de cortés, ya de corto,  
págate de los deseos,  
sí es que en ti no los malogro;  
que por la piedad que muestras,  
que agradezco y que conozco,  
seré tu amigo tan firme  
que ni el repetido monstruo  
de sucesos, la Fortuna,  
que entre baldones y elogios,  
próspera y adversa, muestra  
lo avaro y lo generoso,  
ni en su continua tarea,  
corriendo y volando a tornos,  
el tiempo, imán de los siglos,  
ni el cielo, ni el cielo propio,  
a cuyos astros el mundo  
debe el bellissimo adorno,  
tendrán poder de apartarme  
de tu lado un punto solo,  
como aquí me des amparo;  
y aun todo aquesto es muy poco  
para lo que yo intereso,  
si mis pensamientos logro.

CIPRIANO: Puedo decir que al mar albricias pido  
de que te hayas perdido,  
y a este monte llegaras,

donde verás bien claras  
muestras de la amistad que ya te ofrezco  
si feliz por mi huésped te merezco.  
Y así vente conmigo;  
que he de estimarte por seguro amigo.  
Mi huésped has de ser mientras quisieres  
servirte de mi casa.

DEMONIO: ¿Ya me adquieres  
por tuyo?

CIPRIANO: Con los brazos  
firme nuestra amistad eternos lazos.  
(¡Oh si a alcanzar llegase **Aparte**  
que aqueste hombre la magia me enseñase!  
Pues con ella quizá mi amor podría  
en parte divertir la pena mía;  
o podría mí amor quizá con ella  
en todo conseguir la causa bella  
de mi rabia, mi furia y mi tormento.)

DEMONIO: (Ya al ingenio y amor le miro atento.) **Aparte**

***Salen CLARÍN y MOSCÓN, cada uno por su puerta,  
corriendo***

CLARÍN: ¿Estás vivo, señor?

MOSCÓN: ¿Civilidades  
gastas por novedades

Claro está, pues le miras, que está vivo.

CLARÍN: He usado de este modo admirativo  
para ponderación, noble lacayo,  
del milagro que fue no darle un rayo  
de tantos como vio aquesta montaña.

MOSCÓN: Pues el mirarle ¿no te desengaña?

CIPRIANO: Éstos son mis criados.

¿A qué volvéis?

MOSCÓN: A darte más enfados.

DEMONIO: Tienen alegre humor.

CIPRIANO: A mí me tienen  
cansado, porque siempre necios vienen.

MOSCÓN: ¿Quién es aqueste hombre,  
señor?

CIPRIANO: Un huésped mío, no os asombre.

CLARÍN: ¿Para qué quieres huéspedes ahora?

CIPRIANO: Lo que merece tu valor ignora.

#### ***Aparte MOSCÓN y CLARÍN***

MOSCÓN: Mi señor hace bien. ¿Has de heredalle?

CLARÍN: No; pero tiene talle  
el tal huésped, si acaso no me engaño,  
de estarse en casa un año y otro año.

MOSCÓN: ¿De qué lo infieres?

CLARÍN: Cuando apriesa pasa

un huésped, decir suelen, "No hará en casa mucho humo." Y de aquíste...

MOSCÓN: Di.

CLARÍN: ...presumo...

MOSCÓN: ¿Qué?

CLARÍN: ...que ha de hacer en casa mucho humo.

CIPRIANO: ¿Para qué te repares?

Vente conmigo.

DEMONIO: Voy a obedecerte.

CIPRIANO: Tu descanso procuro.

#### ***Vase CIPRIANO***

DEMONIO: (Yo tu muerte. **Aparte**

Y pues ya he conseguido

el mirarme en tu casa introducido,

ir a alterar mi saña determina

de otra suerte también la de Justina.)

#### ***Vase el DEMONIO***

CLARÍN: ¿No sabes qué he pensado?

MOSCÓN: ¿Qué?

CLARÍN: Que aquel terremoto ha reventado

algún volcán, que mucho azufre he olido.

MOSCÓN: Que es el huésped a mí me ha parecido.

CLARÍN: Malas pastillas gasta. Mas ya infiero  
la causa.

MOSCÓN: ¿Qué es?

CLARÍN: El pobre caballero  
debe de tener sarna, y hase untado  
con unguente de azufre.

MOSCÓN: En ello has dado.

*Vanse CLARÍN y MOSCÓN. Salen LELIO y FABIO,  
criado*

FABIO: En fin, ¿vuelves a esta calle?

LELIO: La vida en ella perdí,  
y vuelvo a buscarla aquí:  
quiera Amor que yo la halle.

FABIO: ¡Ay de mí!  
A las puertas estás  
de la casa de Justina.

LELIO: ¿Qué importa, si hoy determina  
mi amor declararse más?  
Que pues a ver he llegado  
que a otro de noche se fía,  
no es mucho que yo de día  
desahogue mi cuidado.

Retírate tú, porque

el entrar solo es mejor.  
Mi padre es gobernador  
de Antioquía. Bien podré,  
con este aliento y la furia  
que a despeñarme camina,  
en casa entrar de Justina,  
y quejarme de su injuria.

***Vase FABIO, y sale JUSTINA***

JUSTINA: Livia... Mas ¿quién está al paso?

LELIO: Yo soy.

JUSTINA: Pues ¿qué novedad,  
señor, qué temeridad  
obliga...?

LELIO: Cuando me abraso  
tanto, a mis celos sujeto,  
no lo he de estar a tu honor.  
Perdona, que con mi amor  
ha espirado tu respeto.

JUSTINA: ¿Pues cómo tan atrevido  
osas...

LELIO: Como estoy furioso.

JUSTINA: ...entrar...

LELIO: Como estoy celoso.

JUSTINA: ...aquí...

LELIO: Como estoy perdido.

JUSTINA: ...sin advertir y sin ver  
el escándalo que da;  
que...?

LELIO: No te aflijas, pues ya  
tienes poco que perder.

JUSTINA: Mira, Lelio, mi opinión.

LELIO: Justina, eso mejor fuera  
que tu voz se lo dijera  
a quien por ese balcón  
sale de noche. No quiero  
más de que sepas que sé  
tus liviandades, porque  
menos ingrato y severo  
tu honor esté con mi amor;  
aunque es desdén más injusto  
porque tienes otro gusto,  
que porque tienes honor.

JUSTINA: Calla, calla, no hables más.

¿Quién a mi casa se atreve,  
ni quién en mi ofensa mueve  
paso y voz? ¿Tan ciego estás,  
tan atrevido y tan loco,  
que con fingidas quimeras  
eclipsar las luces quieras  
que aun al sol tienen en poco?  
¿Hombre de mi casa?

LELIO: Sí.

JUSTINA: ¿Por mi balcón?

LELIO: Mi dolor

lo diga, ingrata.

JUSTINA: ¡Ay honor!

Volved por vos y por mí.

*Sale el DEMONIO por la puerta que está a las  
espaldas de JUSTINA*

DEMONIO: (Acudiendo mi furor **Aparte**

a los dos cargos que tengo,

a esta casa a entablar vengo

el escándalo mayor

del mundo; y pues ya este amante

tan despechado y tan ciego

está, avívese su fuego.

Ponerme quiero delante

y, como huyendo, después

de ser visto, retirarme.)

*Hace como que va a salir, y en viéndole LELIO,  
se reboce; y vuelve a entrarse por donde salió*

JUSTINA: Hombre, ¿vienes a matarme?

LELIO: No, sino a morir.

JUSTINA: ¿Qué ves,  
que de nuevo te has mudado?

LELIO: Los engaños tuyos veo.

Di ahora que mi deseo  
mis ofensas ha inventado.

Un hombre de este aposento  
iba a salir: como vio  
gente, embozado volvió  
a retirarse.

JUSTINA: En el viento  
te finge tu fantasía  
ilusiones.

***Quiere entrar, y detiéndele***

LELIO: ¡Pena brava!

JUSTINA: ¿Pues de noche no bastaba,  
Lelio, mas también de día  
la luz quieres engañar?

***Apártala, y éntrase por donde estaba el***

***DEMONIO***

LELIO: Si es engaño o no es engaño,

así veré el desengano.

JUSTINA: No te lo quiero excusar,  
porque la inocencia mía,  
a costa de esta licencia,  
desvanezca la apariencia  
de la noche con el día.

*Sale LISANDRO, viejo*

LISANDRO: Justina.

JUSTINA: (Esto me faltaba. **Aparte**  
¡Ay de mí, si Lelio sale,  
estando Lisandro aquí! )

LISANDRO: Mis desdichas, mis pesares  
vengo a consolar contigo.

JUSTINA: ¿Qué tienes, que en el semblante  
muestras disgusto y tristeza?

LISANDRO: No es mucho, cuando se rasgue  
el corazón. Con el llanto  
pasar no puedo adelante.

*Va a salir LELIO, y viendo a LISANDRO, se  
detiene*

LELIO: (Ahora acabo de creer **Aparte**

que sombra los celos hacen,  
pues no está en este aposento.  
No tuvo por dónde echarse  
el hombre que vi.)

***JUSTINA habla aparte a LELIO***

JUSTINA: No salgas,  
Lelio, que está aquí mi padre.  
LELIO: Esperaré a que se ausente,  
convalecido en mis males.)

***Retírase LELIO***

JUSTINA: ¿De qué lloras? ¿Qué suspiras?  
¿Qué tienes, señor? ¿Qué traes?  
LISANDRO: Tengo el dolor más sensible,  
traigo la pena más grave,  
que vio la tierna piedad,  
para ejemplos miserables,  
con que la crueldad se baña  
de tanta inocente sangre.  
Al gobernador envía  
el César Decio inviolable  
un decreto... Hablar no puedo.

JUSTINA: (¿Quién vio pena semejante? **Aparte**

Lisandro, compadecido  
de los cristianos ultrajes,  
conmigo habla, sin saber  
que Lelio puede escucharle,  
hijo del Gobernador.)

LISANDRO: En fin, Justina...

JUSTINA: No pases,  
señor, si así has de sentirlo,  
con el discurso adelante.

LISANDRO: Déjame que le repita;  
que contigo, es aliviarle.  
En él manda...

JUSTINA: No prosigas,  
cuando es tan justo que engañes  
tu vejez con más sosiego.

LISANDRO: Cuando, porque me acompañes  
en los sentimientos vivos  
que bastan para matarme,  
te doy cuenta del decreto  
más crúel que vio la margen  
del Tibre, con sangre escrito  
para manchar sus cristales,  
¿me diviertes? De otra suerte  
solías, Justina, escucharme  
estas lástimas.

JUSTINA: Señor,

no son los tiempos iguales.

LELIO: (No oigo todo lo que hablan, **Aparte**  
sino destroncado a partes.)

*Sale FLORO por la otra parte*

FLORO: (Licencia tiene un celoso **Aparte**  
que llega a desengañarse  
de una hipócrita virtud,  
sin que más respetos guarde.  
Con este intento hasta aquí  
Mas con ella está su padre.  
Esperaré otra ocasión.)

LISANDRO: ¿Quién pisa aquestos umbrales?

FLORO: (Ya no es posible, ¡ay de mí!, **Aparte**  
el volverme sin hablarle.  
Daréle alguna disculpa.)

Yo soy

LISANDRO: ¿Tú en mi casa?

FLORO: A hablarte  
vengo, si me das licencia,  
sobre un negocio importante.

JUSTINA: (Duélete de mí, Fortuna; **Aparte**  
que son éstos muchos lances.)

LISANDRO: Pues ¿qué mandas?

FLORO: (¿Qué diré

**Aparte**

que de este empeño me saque?)

LELIO: (¡Floro en casa de Justina **Aparte**

con libertad entra y sale!

No son fingidos aquestos

celos; ya éstos son verdades.)

LISANDRO: Mudado traes el color.

FLORO: No te admires, no te espantes,

que vengo a darte un aviso,

que es a tu vida importante,

de un enemigo que tienes,

que de tu muerte en alcance

anda. Esto basta que diga.

LISANDRO: (Sin duda que Floro sabe **Aparte**

que yo soy cristiano, y viene

con esta causa a avisarme

de mi peligro.) Prosigue,

y nada, Floro, me calles.

**Sale LIVIA**

LIVIA: Señor, el gobernador

me ha mandado que te llame,

y a la puerta está esperando.

FLORO: Mejor será que yo aguarde;

(Pensaré en tanto el engaño.) **Aparte**

y así es bien que le despaches.

LISANDRO: Estimo tu cortesía.

Aquí volveré al instante.

*Vanse LISANDRO y LIVIA*

FLORO: ¿Eres tú la virtuosa  
que a las lisonjas süaves  
del templado viento llamas  
descomedidos ultrajes?  
Pues ¿cómo de tu recato  
y de tu casa las llaves  
rendiste?

JUSTINA: Floro, detente:  
no tan descortés agravies  
opinión de quien el sol  
hizo el más costoso examen  
de pura y limpia.

FLORO: Ya llega  
aquesa vanidad tarde,  
pues ya yo sé a quien has dado  
libre entrada...

JUSTINA: ¡Que así hables!

FLORO: ...por un balcón...

JUSTINA: No pronuncies.

FLORO: ...a tu honor.

JUSTINA: ¡Que así me trates!

FLOOR: Sí, que no me merecen más  
hipócritas humildades.

LELIO: (Floro no fue el del balcón. **Aparte**

Sin duda que hay otro amante,  
puesto que ni él ni yo fuimos.)

JUSTINA: Pues tienes ilustre sangre,  
no ofendas nobles mujeres.

FLOOR: ¡Que noble mujer te llames  
cuando a tus brazos le admities

y por tus balcones sale!

Rindióte el poder; que como

es gobernador su padre,

te llevó la vanidad

de ver que a Antioquía mande...

LELIO: (De mí habla.) **Aparte**

FLOOR: ...sin mirar

otros defectos más grandes

que la autoridad le encubre

en sus costumbres y sangre.

Pero no...

*Sale LELIO*

LELIO: Floro, detente,  
y no en mi ausencia me agravies;  
que hablar del competidor

mal son despechos cobardes.

Y salgo a que no prosigas,  
corrido de tantos lances  
como contigo he tenido,  
sin que en ninguno te mate.

JUSTINA: ¿Quién, sin culpa, se vio nunca  
en tan peligrosos lances?

FLORO: Cuanto yo de ti dijera  
detrás te diré delante,  
y es verdad no sospechosa.

JUSTINA: Tente, Lelio; Floro, ¿qué haces?

LELIO: Tomar la satisfacción  
adonde escucho el desaire.

### *Empuñan las espadas*

FLORO: Yo, sustentar lo que dije  
donde lo dije.

JUSTINA: ¡Libradme,  
cielos, de tantas fortunas!

FLORO: Y yo sabré castigarte.

### *Sale el GOBERNADOR, GENTE y LISANDRO*

TODOS: Teneos.

JUSTINA: ¡Ay infelice!

GOBERNADOR: ¿Qué es esto? Mas ¿no es bastante

indicio espadas desnudas,

para que pueda informarme?

JUSTINA: ¡Qué desdicha!

LISANDRO: ¡Qué pesar!

TODOS: Señor...

GOBERNADOR: Baste, Lelio, baste.

¿Tú inquieto, siendo mi hijo?

¿Tú de mi favor te vales

para alterar a Antíoquía?

LELIO: Señor, advierte...

GOBERNADOR: Llevadles;

que no ha de haber excepción

ni privilegios de sangre

para no igualar castigos,

pues son las culpas iguales.

LELIO: (Celos truje, y llevo agravios.) **Aparte**

FLOORO: (Penas a penas se añaden.) **Aparte**

### *Llévanlos*

GOBERNADOR: En diferentes prisiones,

y con gente que los guarde,

a los dos tened. Y vos,

Lisandro, ¿tan nobles partes

es posible que manchéis  
sufriendo...

LISANDRO: No, no os engañen  
deslumbradas apariencias.  
porque Justina no sabe  
la ocasión.

GOBERNADOR: ...dentro en su casa,  
queréis que viva ignorante,  
mozos ellos y ella hermosa?  
En delito tan culpable  
me templo, porque no digan  
que sentencio como parte,  
siendo apasionado juez;  
mas vos que esto ocasionasteis,  
ya perdida la vergüenza,  
sé que volveréis a darme  
ocasión, que la deseo,  
para que nos desengañen  
de vuestra virtud mentida  
verdaderas liviandades.

*Vanse el GOBERNADOR y su GENTE*

JUSTINA: Mis lágrimas os respondan.

LISANDRO: Ya lloras sin fruto y tarde.

¡Oh qué mal, Justina, hice

el día que a declararte  
llegué quién eras! ¡Oh nunca  
te contara que, en la margen  
de un arroyo, en ese monte  
fuiste parto de un cadáver!  
No me des satisfacciones.  
JUSTINA: Los cielos han de abonarme.  
LISANDRO: ¡Qué tarde será...  
JUSTINA: No hay plazo  
que en la vida llegue tarde...  
LISANDRO: para castigar delitos!  
JUSTINA: ... para acrisolar verdades.  
LISANDRO: Por lo que vi te condeno.  
JUSTINA: Yo a ti por lo que ignoraste.  
LISANDRO: Déjame, que voy muriendo,  
donde mi dolor me acabe.  
JUSTINA: Pierda yo a tus pies la vida;  
pero no me desampares.

***Vanse. Salen el DEMONIO, CIPRIANO, MOSCÓN y  
CLARÍN***

DEMONIO: Desde que en tu casa entré,  
te he visto sin alegría:  
profunda melancolía  
en tu semblante se ve.

Tu alivio no es bien que estorbes,  
queriéndomelo ocultar,  
pues sabré destachonar  
la clavazón de los orbes,  
por sólo el menor deseo  
que te ofenda y te fatigue.

CIPRIANO: No habrá mágica que obligue  
al imposible que veo:  
son mis ansias infelices.

DEMONIO: Tu amistad me las confiese.

CIPRIANO: Quiero a una mujer.

DEMONIO: ¿Y es ése  
el imposible que dices?

CIPRIANO: Si tú supieras quién es...

DEMONIO: Curiosa atención te doy,  
mientras que burlando estoy  
de que tan cobarde estés.

CIPRIANO: La hermosa cuna temprana  
del infante sol, que enjuga  
lágrimas cuando madruga,  
vestido de nieve y grana;  
la verde prisión ufana  
de la rosa cuando avisa  
que ya sus jardines pisa  
abril, y entre mansos hielos  
al alba es llanto en los cielos

lo que es en los campos risa;  
el detenido arroyuelo,  
que el mormurar más süave  
aun entre dientes no sabe,  
porque se los prende el hielo;  
el clavel, que en breve cielo  
es estrella de coral;  
el ave, que liberal  
vestir matices presume,  
veloz cítara de pluma,  
al órgano de cristal;  
el risco que al sol engaña,  
si a derretirle se atreve,  
pues, gastándole la nieve,  
no le gasta la montaña;  
el laurel que el pie se baña  
con la nieve que atropella,  
y, verde Narciso de ella,  
burla sin temer desmayos  
en esta parte los rayos  
y los hielos en aquélla;  
al fin, cuna, grana, nieve,  
campo, sol, arroyo o rosa,  
ave que canta amorosa,  
risa que aljófares llueve,  
clavel que cristales bebe,  
peñasco sin deshacer,

y laurel que sale a ver  
si hay rayos que le coronen  
son las partes que componen  
a esta divina mujer.  
Estoy tan ciego y perdido,  
porque mi pena te asombre,  
que, por parecerla otro hombre,  
me engañé con el vestido.  
Mis estudios di al olvido  
como al vulgo mi opinión,  
el discurso a mi pasión,  
a mi llanto el sentimiento,  
mis esperanzas al viento,  
y al desprecio mi razón.  
Dije, y haré lo que dije,  
que ofreciera liberal  
el alma a un genio infernal  
--de aquí mi pasión colige--  
porque este amor que me aflige  
premiase con merecella;  
pero es vana mi querella,  
tanto que presumo que es  
el alma corto interés,  
pues no me la dan por ella.

DEMONIO: ¿Tu valor ha de seguir  
los pasos desesperados

de amantes que se acobardan  
en los primeros asaltos?

¿Tan lejos ejemplos viven  
de bellezas que postraron  
su vanidad a los ruegos,  
su altivez a los halagos?

¿Quieres lograr tus deseos,  
siendo su prisión tus brazos?

CIPRIANO: ¿Eso dudas?

DEMONIO: Pues envía  
allá fuera esos criados,  
y quedemos los dos solos.

CIPRIANO: Idos allá fuera entrambos.

MOSCÓN: Yo obedezco.

CLARÍN: Y yo también.

(El tal huésped es el diablo.) **Aparte**

### *Escóndese CLARÍN*

CIPRIANO: Ya se fueron.

DEMONIO: (Poco importa **Aparte**  
que Clarín se haya quedado.)

CIPRIANO: ¿Qué quieres ahora?

DEMONIO: Esa puerta  
cierra.

CIPRIANO: Ya solos estamos.

DEMONIO: ¿Por gozar a esta mujer  
aquí dijeron tus labios  
que darás el alma?

CIPRIANO: Sí.

DEMONIO: Pues yo te acepto el contrato.

CIPRIANO: ¿Qué dices?

DEMONIO: Que yo le acepto.

CIPRIANO: ¿Cómo?

DEMONIO: Como puedo tanto,  
que te enseñaré una ciencia  
con que podrás a tu mando  
traer la mujer que adoras;  
que yo, aunque tan docto y sabio,  
traerla para otro no puedo.

Las escrituras hagamos  
ante nosotros dos mismos.

CIPRIANO: ¿Quieres con nuevos agravios  
dilatarse las penas mías?

Lo que ofrecí está en mi mano,  
pero lo que tú me ofreces  
no está en la tuya, pues hallo  
que sobre el libre albedrío  
ni hay conjuros ni hay encantos.

DEMONIO: Hazme la cédula tú  
con tal condición.

CLARÍN: ¡Mal año! **Aparte**  
Según lo que agora he visto,

no es muy bobo aqeste diablo.

¡Yo darle cédula! Aunque  
se me tuvieran mis cuartos  
sin alquilar veinte siglos,  
no la hiciera.)

CIPRIANO: Los engaños.  
son para alegres amigos,  
no para desconfiados.

DEMONIO: Quiero darte en testimonio  
de lo que yo puedo y valgo  
algún indicio, aunque sea  
de mi poder breve rasgo.  
¿Qué ves de esta galería?

CIPRIANO: Mucho cielo y mucho prado,  
un bosque, un arroyo, un monte.

DEMONIO: ¿Qué es lo que más te ha agradado?

CIPRIANO: El monte, porque es, en fin,  
de la que adoro retrato.

DEMONIO: Soberbio competidor  
de la estación de los años,  
que te coronas de nubes  
por bruto rey de los campos,  
deja el monte, mide el viento:  
mira que soy quien te llamo.

Y mira tú si a una dama  
traerás, si yo a un monte traigo.

*Múdase un monte de una parte a otra del  
tablado*

CIPRIANO: ¡No vi más confuso asombro!

¡No vi prodigio más raro!

CLARÍN: (Con el espanto y el miedo **Aparte**  
estoy dos veces temblando.)

CIPRIANO: Pájaro que al viento vuelas,  
siendo tus plumas tus ramos;  
bajel que en el viento surcas;  
siendo jarcias tus peñascos:  
vuélvete a tu centro, y deja  
la admiración y el espanto.

DEMONIO: Si ésta no es prueba bastante,  
pronuncien otra mis labios.  
¿Quieres ver esa mujer  
que adoras?

CIPRIANO: Sí.

DEMONIO: Pues rasgando  
las duras entrañas, tú,  
monstruo de elementos cuatro,  
manifiesta la hermosura  
que en tu oscuro centro guardo.

*Ábrese un peñasco, y está  
JUSTINA durmiendo*

¿Es aquélla la que adoras?

CIPRIANO: Aquélla es la que idolatro.

DEMONIO: Mira si dártela puedo,  
pues donde quiero la traigo.

CIPRIANO: Divino imposible mío,  
hoy serán centro tus brazos  
de mi amor, bebiendo al sol  
luz a luz y rayo a rayo.

### *Ciérrase el monte*

DEMONIO: Detente, que hasta que firmes  
la palabra que me has dado,  
no puedes tocarla.

CIPRIANO: Espera,  
parda nube del más claro  
sol que amaneció a mis dichas...  
Mas con el viento me abrazo.  
Ya creo tus ciencias, ya  
confieso que soy tu esclavo.  
¿Qué quieres que haga por ti?  
¿Qué me pides?

DEMONIO: Por resguardo  
una cédula firmada

con tu sangre y de tu mano.

CLARÍN: (El alma le diera yo **Aparte**

por no haberme aquí quedado.)

CIPRIANO: Pluma será este puñal,

papel este lienzo blanco,

y tinta para escribirlo

la sangre es ya de mis brazos.

*Escribe con la daga en un lienzo, habiéndose  
sacado sangre de un brazo*

(¡Qué hielo! ¡Qué horror! ¡Qué asombro!) **Aparte**

Digo yo, el gran Cipriano,

que daré el alma inmortal...

(¡Qué frenesí! ¡Qué letargo!) **Aparte**

...a quien me enseñare ciencias...

(¡Qué confusiones! ¡Qué espantos!) **Aparte**

...con que pueda atraer a mí

a Justina, dueño ingrato;

y lo firmé de mi nombre

DEMONIO: (Ya se rindió a mis engaños **Aparte**

el homenaje valiente,

donde estaban tremolando

el discurso y la razón.)

¿Has escrito?

CIPRIANO: Sí, y firmado.

DEMONIO: Pues tuyo es el sol que adoras.

CIPRIANO: Tuya por eternos años  
es el alma que te ofrezco.

DEMONIO: Alma con alma te pago,  
pues por tuya te doy  
la de Justina.

CIPRIANO: ¿Qué tanto  
término para enseñarme  
la magia tomas?

DEMONIO: Un año,  
con condición...

CIPRIANO: Nada temas.

DEMONIO: ...que en una cueva encerrados,  
sin estudiar otra cosa,  
hemos de vivir entrambos,  
sirviéndonos solamente  
a los dos este criado,

### ***Saca a CLARÍN***

que curioso se quedó,  
pues, con nosotros llevando  
su persona, este secreto  
de esta suerte, aseguramos.

CLARÍN: (¡Oh nunca yo me quedara! **Aparte**  
¡Que habiendo vecinos tantos

que acechen, no haya un demonio  
que venga al punto a llevarlos!)

CIPRIANO: Está bien. Dos dichas juntas  
ingenio y amor lograron,  
pues Justina será mía,  
y yo vendré a ser espanto  
del mundo con nuevas ciencias.

DEMONIO: No salió mi intento en vano.

CLARÍN: El mío sí.

DEMONIO: Ven con nosotros  
(Ya vencí el mayor contrario.) **Aparte**

CIPRIANO: Dichosos seréis, deseos,  
si tal posesión alcanzo.

DEMONIO: (No ha de sosegar mi envidia **Aparte**  
hasta que los gane a entrambos.)

Vamos, y de aqueste monte  
en lo oculto y lo intrincado  
oirás la primer lición  
hoy de la mágica.

CIPRIANO: Vamos.  
que, con tal maestro mí ingenio,  
mi amor con dueño tan alto,  
eterno será en el mundo  
el mágico Cipriano.

## FIN DE LA SEGUNDA JORNADA

## TERCERA JORNADA

*Sale CIPRIANO, solo, de una como cueva*

CIPRIANO: Ingrata beldad mía,  
llegó el feliz, llegó el dichoso día,  
línea de mi esperanza,  
término de mi amor y tu mudanza,  
pues hoy será el postrero  
en que triunfar de tu desdén espero.  
Este monte, elevado  
en sí mismo alcázar estrellado,  
y aquesta cueva oscura,  
de dos vivos funesta sepultura,  
escuela ruda han sido  
donde la docta mágica he aprendido,  
en que tanto me muestro  
que puedo dar lición a mi maestro.  
Y viendo ya que hoy una vuelta entera  
cumple el sol de una esfera en otra esfera,  
a examinar de mis prisiones salgo  
con la luz que puedo y lo que valgo.  
Hermosos cielos puros,  
atended a mis mágicos conjuros;

blandos aires veloces,  
parad al sabio estruendo de mis voces;  
gran peñasco violento,  
estremécete al ruido de mi acento;  
duros troncos vestidos,  
asombraos al horror de mis gemidos;  
floridas plantas bellas,  
al eco os asustad de mis querellas;  
dulces aves süaves,  
la acción temed de mis prodigios graves;  
bárbaras, crueles fieras,  
mirad las señas de mi afán primeras;  
porque ciegos, turbados,  
suspendidos, confusos, asustados,  
cielos, aires, peñascos, troncos, plantas,  
fieras y aves, estéis de ciencias tantas;  
que no ha de ser en vano  
el estudio infernal de Cipriano.

***Sale el DEMONIO***

DEMONIO: Cipriano.

CIPRIANO: ¡Oh sabio maestro mío!

***Enojado***

DEMONIO: ¿A qué, usando esta vez de tu albedrío  
más que de mi preceto,  
con qué fin, por qué causa, y a qué efeto,  
osado o ignorante,  
sales a ver del sol la faz brillante?

CIPRIANO: Viendo que ya yo puedo  
al infierno poner asombro y miedo,  
pues con tanto cuidado  
la mágica he estudiado  
que aun tú mismo no puedes  
decir, si es que me igualas, que me excedes;  
viendo que ya no hay parte  
de ella que con fatiga, estudio y arte  
yo no la haya alcanzado,  
pues la nigromancia he penetrado,  
cuyas líneas oscuras  
me abrirán las funestas sepulturas,  
haciendo que su centro  
aborte los cadáveres que dentro  
tiranamente encierra  
la avarienta codicia de la tierra,  
respondiendo por puntos  
a mis voces los pálidos difuntos;  
y viendo, en fin, cumplida  
la edad del sol que fue plazo a mi vida,  
pues, corriendo veloz a su discurso

con el rápido curso  
los cielos cada día,  
retrocediendo siempre a la porfía  
del natural, en que se juzga extraño,  
el término fatal cumple hoy del año:  
lograr mis ansias quiero,  
atrayendo a mi voz el bien que espero.  
Hoy la rara, hoy la bella, hoy la divina,  
hoy la hermosa Justina,  
en repetidos lazos,  
llamada de mi amor, vendrá a mis brazos;  
que permitir no creo  
de dilación un punto a mi deseo.  
DEMONIO: Ni yo que le permitas  
quiero, si es éste el fin que solicitas.  
Con caracteres mudos  
la tierra línea, pues, y con agudos  
conjuros hiere el viento,  
a tu esperanza y a tu amor atento.  
CIPRIANO: Pues allí me retiro,  
donde verás que cielo y tierra admiro.

*Vase*

DEMONIO: Y yo te doy licencia,  
porque sé de tu ciencia y de mi ciencia

que el infierno inclemente,  
a tus invocaciones obediente,  
podrá por mí entregarte  
a la hermosa Justina en esta parte;  
que aunque el gran poder mío  
no puede hacer vasallo un albedrío,  
puede representalle  
tan extraños deleites que se halle  
empeñado a buscarlos,  
y inclinarlos podré, si no forzarlos.

***Sale CLARÍN de la cueva***

CLARÍN: Ingrata deidad mía,  
no Livia ardiente, sino Livia fría,  
llegó el plazo en que espero  
alcanzar si tu amor es verdadera;  
pues ya sé lo que basta  
para ver si eres casta o haces casta;  
que con tanto cuidado  
aquí la ciencia mágica he estudiado  
que por ella he de ver--¡ay de mí, triste!--  
si con Moscón acaso me ofendiste.  
Aguados cielos--ya otro dijo "puros"--  
atended a mis lóbregos conjuros:  
montes...

DEMONIO: Clarín, ¿qué es eso?

CLARÍN: ¡Oh sabio maestro!

Por la concomitancia estoy tan diestro  
en la magia que quiero ver por ella  
si Livia, tan ingrata como bella,  
comete alguna vez superchería  
en la fatal estancia de mi día.

DEMONIO: Deja aquesas locuras,  
y en lo intrincado de esas peñas duras  
asiste a tu señor, para que veas  
--si tanta admiración lograr deseas--  
el fin de su cuidado;  
que solo quiero estar.

CLARÍN: Yo, acompañado.

Y si no he merecido  
haber las ciencias tuyas aprendido,  
porque, en fin, no te he hecho  
cédula con la sangre de mi pecho,  
en este lienzo ahora...

***Saca un lienzo sucio y escribe en él con el  
dedo, habiéndose hecho sangre***

--nunca le tray más limpio quién bien llora--  
la haré, para que más te escandalices,  
dándome un mojicón en las narices;

que no será embarazo  
salir de las narices o del brazo.  
Digo, el gran Clarín, que, si merezco  
ver a Livia crüel, que al diablo ofrezco...  
DEMONIO: Ya digo que me dejes,  
y que con tu señor de mí te alejes.  
CLARÍN: Yo lo haré, no te alteres.  
Pues que tomar mi cédula no quieres  
cuando darla procuro,  
sin duda que me tienes por seguro.

***Vase CLARÍN***

DEMONIO: Ea, infernal abismo,  
desesperado imperio de ti mismo,  
de tu prisión ingrata  
tus lascivos espíritus desata,  
amenazando rüina  
al virgen edificio de Justina.  
Su casto pensamiento  
de mil torpes fantasmas en el viento  
hoy se informe, su honesta fantasía  
se lleñe; y con dulcísima armonía  
todo provoque amores:  
los pájaros, las plantas y las flores.  
Nada miren sus ojos

que no sean de amor dulces despojos;  
nada oigan sus oídos  
que no sean de amor tiernos gemidos;  
porque, sin que defensa en su fe tenga,  
hoy a buscar a Cipriano venga,  
de su ciencia invocada  
y de mi ciego espíritu guiada.  
Empezad, que yo en tanto  
callaré, porque empiece vuestro canto.

***Canta dentro, una VOZ***

VOZ: *¿Cuál es la gloria mayor  
de esta vida?*

TODOS: *Amor, amor.*

***Mientras esta copla se canta, se va entrando el  
DEMONIO por una puerta, y sale por otra JUSTINA huyendo***

VOZ: *No hay sujeto en quien no imprima  
el fuego de amor su llama,  
pues vive más donde ama  
el hombre que donde anima.  
Amor solamente estima  
cuanto tener vida sabe:*

*el tronco, la flor y el ave.  
Luego es la gloria mayor  
de esta vida...*

TODOS: *...amor, amor.*

***Esto representa asombrada y inquieta***

JUSTINA: Pesada imaginación,  
al parecer lisonjera,  
¿cuándo te he dado ocasión  
para que de esta manera  
aflijas mi corazón?  
¿Cuál es la causa, en rigor,  
de este fuego, de este ardor,  
que en mí por instantes crece?  
¿Qué dolor el que padece  
mi sentido?

***Cantan***

TODOS: *Amor, amor.*

***Cóbrase más***

JUSTINA: Aquel ruiseñor amante  
es quien respuesta me da,  
enamorando constante  
a su consorte, que está  
un ramo más adelante.  
Calla, ruiseñor; no aquí  
imaginar me hagas ya,  
por las quejas que te oí,  
cómo un hombre sentirá,  
si siente un pájaro así.  
Mas no. Una vid fue lasciva,  
que buscando fugitiva  
va el tronco donde se enlace,  
siendo el verdor con que abraza  
el peso con que derriba.  
No así con verdes abrazos  
me hagas pensar en quien amas,  
vid; que dudaré en tus lazos,  
si así abrazan unas ramas,  
cómo enraman unos brazos.  
Y si no es la vid, será  
aquel girasol, que está  
viendo cara a cara al sol,  
tras cuyo hermoso arbol  
siempre moviéndose va.  
No sigas, no, tus enojos,  
flor, con marchitos despojos;

que pensarán mis congojas,  
si así lloran unas hojas,  
cómo lloran unos ojos.  
Cesa, amante ruiseñor;  
desúnete, vid frondosa;  
párate, inconstante flor;  
o decid: ¿qué venenosa  
fuerza usáis?

***Cantan***

TODOS: *Amor, amor.*

JUSTINA: ¡Amor! ¿A quién le he tenido  
yo jamás? Objeto es vano;  
pues siempre despojo han sido  
de mi desdén y mi olvido  
Lelio, Floro y Cipriano.  
¿A Lelio no desprecié?  
¿A Floro no aborrecí?  
Y a Cipriano ¿no traté...

***Párase en el nombre de CIPRIANO, y desde  
allí repesenta inquieta otra vez***

...con tal rigor que, de mí

aborrecido, se fue  
donde de él no se ha sabido?  
Mas--¡ay de mí!--yo ya creo  
que ésta debe de haber sido  
la ocasión con que ha podido  
atreverse mi deseo;  
pues desde que pronuncié  
que vive ausente por mí,  
no sé--¡ay infeliz!--no sé  
qué pena es la que sentí.

***Cóbrase otra vez***

Mas piedad sin duda fue  
de ver que por mí olvidado  
viva un hombre que se vio  
de todos tan celebrado,  
y que a sus olvidos yo  
tanta ocasión haya dado.

***Con asombro, otra vez***

Pero si fuera piedad,  
la misma piedad tuviera  
de Lelio y Floro, en verdad;

pues en una prisión fiera  
por mí están sin libertad.

***En sí, otra vez***

.....

.....

Mas--¡ay discursos!--parad.  
Si basta ser piedad sola,  
no acompañéis la piedad;  
que os alargáis de manera  
que no sé--¡ay de mí!--no sé,  
si ahora a buscarle fuera,  
si adonde él está supiera.

***Sale el DEMONIO***

DEMONIO: Ven, que yo te lo diré.

JUSTINA: ¿Quién eres tú, que has entrado

hasta este retrete mío,  
estando todo cerrado?

¿Eres monstruo que ha formado  
mi confuso desvarío?

DEMONIO: No soy sino quien, movido  
de ese afecto que tirano

te ha postrado y te ha vencido,  
hoy llevarte ha prometido  
adonde está Cipriano.

JUSTINA: Pues no lograrán tu intento;  
que esta pena, esta pasión  
que afligió mi pensamiento,  
llevó la imaginación,  
pero no el consentimiento.

DEMONIO: En haberlo imaginado  
hecha tienes la mitad;  
pues ya el pecado es pecado,  
no pares la voluntad,  
el medio camino andado.

JUSTINA: Desconfiarme es en vano,  
aunque pensé; que aunque es llano  
que el pensar es empezar,  
no está en mi mano el pensar,  
y está el obrar en mi mano.

Para haberte de seguir,  
el pie tengo de mover,  
y esto puedo resistir,  
porque una cosa es hacer  
y otra cosa es discurrir.

DEMONIO: Si una ciencia peregrina  
en ti su poder esfuerza,  
¿cómo has de vencer, Justina,  
si inclina con tanta fuerza

que fuerza al paso que inclina?  
JUSTINA: Sabiéndome yo ayudar  
del libre albedrío mío.  
DEMONIO: Forzarále mi pesar.  
JUSTINA: No fuera libre albedrío  
si se dejara forzar.

***Tira de ella, y no puede moverla***

DEMONIO: Ven donde un gusto te espera.  
JUSTINA: Es muy costoso ese gusto.  
DEMONIO: Es una paz lisonjera.  
JUSTINA: Es un cautiverio injusto.  
DEMONIO: Es dicha.  
JUSTINA: Es desdicha fiera.  
DEMONIO: ¿Cómo te has de defender,  
si te arrastra mi poder?

***Tira más***

JUSTINA: Mi defensa en Dios consiste.

***Suéltala***

DEMONIO: Venciste, mujer, venciste  
con no dejarte vencer.

Mas ya. que de esta manera  
de Dios estás defendida,  
mi pena, mi rabia fiera,  
sabr  llevarte fingida,  
pues no puede verdadera.

Un espíritu verás,  
para este efecto no más,  
que de tu forma se informa,  
y en la fantástica forma  
disfamada vivirás.

Lograr dos triunfos espero,  
de tu virtud ofendido:  
deshonrarte es el primero,  
y hacer de un gusto fingido  
un delito verdadero.

***Vase el DEMONIO***

JUSTINA: De esa ofensa al cielo apelo,  
porque desvanezca el cielo  
la apariencia de mi fama,  
bien como al aire la llama,  
bien como la flor al hielo.  
No podrás... Mas--¡ay de mí!--

¿a quién estas voces doy?

¿No estaba ahora un hombre aquí?

Sí. Mas no, yo sola estoy.

No. Mas sí, pues yo le vi.

¿Por dónde se fue tan presto?

¿Si le engendró mi temor?

Mi peligro es manifiesto.

¡Lisandro, padre, señor!

¡Livia!

*Sale cada uno por su puerta*

LISANDRO: ¿Qué es esto?

LIVIA: ¿Qué es esto?

JUSTINA: ¿Visteis un hombre--¡ay de mí!--

que ahora salió de aquí?

(Mal mis desdichas resisto.) **Aparte**

LISANDRO: ¡Hombre aquí!

JUSTINA: ¿No le habéis visto?

LIVIA: No, señora.

JUSTINA: Pues yo sí.

LISANDRO: ¿Cómo puede ser, si ha estado

todo este cuarto cerrado?

LIVIA: (Sin duda que a Moscón vio, **Aparte**

que tengo escondido yo

en mi aposento.)

LISANDRO: Formado  
cuerpo de tu fantasía  
el hombre debió de ser;  
que tu gran melancolía  
le supo formar y hacer  
de los átomos del día.

LIVIA: Mi señor tiene razón.

JUSTINA: No ha sido--¡ay de mí!--ilusión,  
y mayor daño sospecho,  
porque a pedazos del pecho  
me arrancan el corazón.  
Algún hechizo mortal  
se está haciendo contra mí,  
y fuera el conjuro tal  
que, a no haber Dios, desde aquí  
me dejara ir tras mi mal.  
Mas Él me ha de defender,  
y no sólo del poder  
de esta tirana violencia;  
pero mi humilde inocencia  
no ha de dejar padecer.  
Livia, el manto, porque, en tanto  
que padezco estos extremos,  
tengo de ir al templo santo,  
que tan secreto tenemos

los fieles.

***Saca el manto, y pónesele; que le vea con  
él la gente***

LIVIA: Aquí está el manto.

JUSTINA: En él tengo de templar  
este fuego que me abrasa.

LISANDRO: Yo te quiero acompañar.

LIVIA: (Y yo volveré a alentar **Aparte**  
en echándolos de casa.)

JUSTINA: Pues voy a ampararme así,  
cielos, de vuestro favor,  
confío.

LISANDRO: Vamos de aquí.

JUSTINA: Vuestra es la causa, Señor.  
Volved por vos y por mí.

***Vanse los dos, y sale MOSCÓN, que está  
acechando***

MOSCÓN: ¿Fuéronse ya?

LIVIA: Ya se fueron

MOSCÓN: ¡Con qué susto me tuvieron!

LIVIA: ¿Es posible que salieras

del aposento, y vinieras  
donde sus ojos te vieron?

MOSCÓN: ¡Vive Dios que no he salido!  
un instante, Livia mía,  
de donde estaba escondido!

LIVIA: Pues ¿quién el hombre sería?

MOSCÓN: El mismo diablo habrá sido.  
¿Qué sé yo? No muestres ya  
por eso, mi bien, enfado.

#### *Suspira LIVIA*

LIVIA: No es por eso.

MOSCÓN: ¿Qué será?

LIVIA: ¡Qué pregunta, si ha que está  
un día entero encerrado  
conmigo! ¿No echa de ver

#### *Llora*

que habrá también menester  
el otro, su confidente,  
que llore hoy tenerle ausente,  
pues no lloré en todo ayer?  
¿Hase de pensar de mí

que mujer tan fácil fui  
que en medio año de ausencia  
falté a la correspondencia  
que al ser quien soy ofrecí?  
MOSCÓN: ¿Qué es medio año? Un año entero  
ha ya que pudo faltar.  
LIVIA: Es engaño, pues infiero  
que yo no debo contar  
los días que no le quiero.  
Y si de un año--¡ay de mí!--

### *Llorando*

te di la mitad a ti,  
fuera injuria muy crüel  
contárselo todo a él.  
MOSCÓN: Cuándo yo, ingrata, creí  
que fuera tu voluntad  
toda mía, ¡con piedad  
haces cuentas!  
LIVIA: Sí, Moscón,  
porque, en fin, cuenta y razón  
conserva toda amistad.  
MOSCÓN: Pues que tu constancia es tal,  
adiós, Livia, hasta mañana.  
Sólo te ruego mi mal

que, pues eres su terciana,  
no seas su sincopal.

LIVIA: ¿Ya no ves que no hay en mí  
malicia alguna?

MOSCÓN: ¿Es así?

LIVIA: En todo hoy no me has de ver;  
mas no sea menester  
enviar mañana por ti.

***Vanse, y sale CIPRIANO, con asombro, y CLARÍN,  
acechando, tras él***

CIPRIANO: Sin duda se han rebelado  
en los imperios cerúleos  
las tropas de las estrellas,  
pues me niegan sus influjos.  
Comunidades ha hecho  
todo el abismo profundo,  
pues la obediencia no rinde  
que me debe por tributo.  
Una. y mil veces el viento  
estremezco a mis conjuros,  
y una y mil veces la tierra  
con mis caracteres surco,  
sin que se ofrezca a mis ojos  
el humano sol que busco,

el cielo humano que espero  
en mis brazos.

CLARÍN: Eso ¿es mucho?

Pues una y mil veces yo  
hago en la tierra dibujos,  
una y mil veces el viento  
a puras voces aturdo,  
y tampoco viene Livia.

CIPRIANO: Esta sola vez presumo  
volver a invocarla. Escucha,  
bella Justina.

*Sale la que hace a JUSTINA, con manto, como turbada,  
por una puerta, y éntrase huyendo por la otra, y va tras  
ella CIPRIANO, turbado, y CLARÍN, turbado, dando vueltas con  
miedo*

FIGURA: Ya escucho;  
que, forzada de tus voces,  
aquestos montes discurro.  
¿Qué me quieres? ¿Qué me quieres,  
Cipriano?

CIPRIANO: ¡Estoy confuso!

FIGURA: Y pues que ya...

CIPRIANO: ¡Estoy absorto!

FIGURA: ...he venido...

CIPRIANO: ¿Qué me turbo?

FIGURA: ...de la suerte...

CIPRIANO: ¿Qué me espanto?

FIGURA: ....que me halló el amor,...

CIPRIANO: ¿Qué dudo?

FIGURA: ...donde me llamas...

CIPRIANO: ¿Qué temo?

FIGURA: ...y así con la fuerza cumplo

del encanto, a lo intrincado

del monte tu vista huyo.

***Cúbrese el rostro con el manto, y vase***

CIPRIANO: Espera, aguarda, Justina.

Mas ¿qué me asombro y discurro?

Seguiréla, y este monte,

donde mi ciencia la trujo,

teatro será frondoso,

ya que no tálamo rudo,

del más prodigioso amor

que ha visto el cielo.

***Vase***

CLARÍN: Abernuncio

de mujer que viene a ser  
novia, y viene oliendo a humo.  
Pero debió de cogerla  
del encanto lo absoluto  
soplando alguna colada  
o cociendo algún menudo.  
Mas no. ¡En cocina y con manto!  
De otra suerte la disculpo.  
Sin duda debe de ser  
--ahora he dado en el punto--  
que una honrada nunca huele  
mejor cogida de susto.  
Ya la ha alcanzado, y con ella,  
de aqueste valle en lo inculto,  
luchando a brazos enteros  
--que a brazos partidos juzgo  
que hiciera mal en luchar  
el amante más forzado--  
a este mismo sitio vuelven.  
Desde aquí acechar procuro;  
que deseo saber cómo se hace  
una fuerza en el mundo.

***Escóndese, y sale CIPRIANO, trayendo abrazada  
una persona cubierta con manto y con vestido parecido al de  
JUSTINA, que es fácil, siendo negro este manto y vestido; y  
han de venir de suerte que con facilidad se quite todo y quede un***

*esqueleto, que ha de volar o hundirse, como mejor pareciere, como  
se haga con velocidad; si bien será mejor desaparecer por el  
viento*

CIPRIANO: Ya, bellísima Justina,  
en este sitio que, oculto,  
ni el sol le penetra a rayos  
ni a soplos el aire puro,  
ya es trofeo tu belleza  
de mis mágicos estudios;  
que por conseguirte, nada  
temo, nada dificulto.  
El alma, Justina bella,  
me cuestas; pero ya juzgo,  
siendo tan grande el empleo,  
que no ha sido el precio mucho.  
Corre a la deidad el velo,  
no entre pardos, no entre oscuros  
celajes se esconda el sol;  
sus rayos ostente rubios.

*Descúbrela, y ve el cadáver*

Mas--¡ay infeliz!--¿qué veo?  
Un yerto cadáver mudo

entre sus brazos me espera!  
¿Quién en un instante pudo,  
en facciones desmayadas  
de lo pálido y caduco,  
desvanecer los primores  
de lo rojo y lo purpúreo?  
ESQUELETO: Así, Cipriano, son  
todas las glorias del mundo.

*Desaparece, y sale CLARÍN, huyendo, y abrázase  
con él CIPRIANO*

CLARÍN: (Si alguien ha menester miedo, **Aparte**

yo tengo un poco y un mucho.)

CIPRIANO: Espera, fúnebre sombra.

Ya con otro fin te busco.

CLARÍN: Pues yo soy fúnebre cuerpo.

¿No echas de verlo en el bulto?

CIPRIANO: ¿Quién eres?

CLARÍN: Yo estoy de suerte

que aun quien soy creo que dudo.

CIPRIANO: ¿Viste en lo raro del viento

o del centro en el profundo

yerto un cadáver, dejando

en señas de polvo y humo

desvanecida la pompa

que llena de adornos trujo?

CLARÍN: Ahora sabes que estoy  
sujeto a los infortunios  
de acechador.

CIPRIANO: ¿Qué se hizo?

CLARÍN: Deshízose luego al punto.

CIPRIANO: Busquémosle.

CLARÍN: No busquemos.

CIPRIANO: Sus desengaños procuro.

CLARÍN: Yo no, señor.

***Sale el DEMONIO***

DEMONIO: (¡Justos cielos! **Aparte**

Si juntas un tiempo tuvo  
mi ser la ciencia y la gracia  
cuando fui espíritu puro,  
la gracia sola perdí,  
la ciencia no. ¿Cómo, injustos,  
si esto es así, de mis ciencias  
aun no me dejáis el uso?)

***Sin verle***

CIPRIANO: ¡Lucero, sabio maestro!

CLARÍN: No le llames; que presumo  
que venga en otro cadáver.

DEMONIO: ¿Qué me quieres?

CIPRIANO: Que del mucho  
horror que padezco absorto  
rescates hoy mi discurso.

CLARÍN: (Yo, que no quiero rescates, **Aparte**  
por este lado me escurro.)

*Vase CLARÍN*

CIPRIANO: Apenas sobre la tierra  
herida acentos pronuncio  
cuando en la acción que allá estaba  
Justina, divino asunto  
de mi amor y mi deseo  
Pero ¿para qué procuro  
contarte lo que ya sabes?  
Vino, abracéla, y al punto  
que la descubro--¡ay de mí!--  
en su belleza descubro  
un esqueleto, una estatua,  
una imagen, un trasunto  
de la muerte, que en distintas  
voces me dijo--¡oh qué susto!--,  
"Así, Cipriano, son

todas las glorias del mundo."

Decir que en la magia tuya,  
por mí ejecutada, estuvo  
el engaño no es posible,  
porque yo punto por punto  
la obré, sin que errar pudiese  
de sus caracteres mudos  
una línea, ni una voz  
de sus mortales conjuros.

Luego tú me has engañado  
cuando yo los ejecuto,  
pues sólo fantasmas hallo  
adonde hermosuras busco.

DEMONIO: Cipriano, ni hubo en ti  
defecto, ni en mí le hubo.

En ti, supuesto que obraste  
el encanto con agudo  
ingenio; en mí, pues el mío  
te enseñó en él cuanto supo.

El asombro que has tocado  
más superior causa tuvo.

Mas no importará; que yo,  
que tu descanso procuro,  
te haré dueño de Justina  
por otros medios más justos.

CIPRIANO: No es ése mi intento ya;  
que de tal suerte confuso

este espanto me ha dejado  
que no quiero medios tuyos.  
Y así, pues que no has cumplido  
las condiciones que puso  
mi amor, sólo de ti quiero,  
ya que de tu vista huyo,  
que mí cédula me vuelvas,  
pues es el contrato nulo.

DEMONIO: Yo te dije que te había  
de enseñar en este estudio  
ciencias que atraer pudiesen,  
de tus voces al impulso,  
a Justina; y pues el viento  
aquí a Justina te trujo,  
válido ha sido el contrato,  
y yo mi palabra cumplo.

CIPRIANO: Tú me ofreciste que había  
de coger mi amor el fruto  
que sembraba mi esperanza  
por estos montes incultos.

DEMONIO: Yo me obligué, Cipriano,  
sólo a traerla.

CIPRIANO: Eso dudo;  
que a dárme la te obligaste.

DEMONIO: Yo la vi en los brazos tuyos.

CIPRIANO: Fue una sombra.

DEMONIO: Fue un prodigio.

CIPRIANO: ¿De quién?

DEMONIO: De quien se dispuso  
a ampararla.

CIPRIANO: ¿Y cómo fue?

### ***Temblando***

DEMONIO: No quiero decirte cuyo.

CIPRIANO: Valdréme yo de tus ciencias  
contra ti. Yo te conjuro  
que quién ha sido me digas.

DEMONIO: Un Dios, que a su cargo tuvo  
a Justina.

CIPRIANO: Pues ¿qué importa  
sólo un dios, puesto que hay muchos?

DEMONIO: Tiene Él el poder de todos.

CIPRIANO: Luego solamente es uno,  
pues con una voluntad  
obra más que todos juntos.

DEMONIO: No sé nada, no sé nada.

CIPRIANO: Ya todo el pacto renuncio  
que hice contigo; y en nombre  
de aquese Dios te pregunto:  
¿Qué le ha obligado a ampararla?

### ***Haciéndose fuerza para no decirlo***

DEMONIO: Guardar su honor limpio y puro.

CIPRIANO: Luego Ése es suma bondad,  
pues que no permite insultos.

Mas ¿qué perdiera Justina  
si aquí se quedaba oculto?

DEMONIO: Su honor, si lo adivinara  
por sus malicias el vulgo.

CIPRIANO: Luego ese Dios todo es vista,  
pues vio los daños futuros.

Pero ¿no pudiera ser  
ser el encanto tan sumo  
que no pudiera vencerle?

DEMONIO: No, que su poder es mucho.

CIPRIANO: Luego ese Dios todo es manos,  
pues que cuanto quiso pudo.

Dime, ¿quién es ese Dios,  
en quien he topado juntos  
ser una suma bondad,  
ser un poder absoluto,  
todo vista y todo manos,  
que ha tantos años que busco?

DEMONIO: No lo sé.

CIPRIANO: Dime quién es.

DEMONIO: ¡Con cuánto horror lo pronuncio!  
Es el Dios de los cristianos.

CIPRIANO: ¿Qué es lo que moverle pudo  
contra mí?

DEMONIO: Serlo Justina.

CIPRIANO: ¿Pues tanto ampara a los suyos?

***Con rabia***

DEMONIO: Sí, mas ya es tarde, ya es tarde  
para hallarle tú, si juzgo  
que, siendo tú esclavo mío,  
no has de ser vasallo suyo.

CIPRIANO: ¡Yo tu esclavo!

DEMONIO: En mi poder  
tu firma está.

CIPRIANO: Ya presumo  
cobrarla de ti, pues fue  
condicional, y no dudo  
quitártela.

DEMONIO: ¿De qué suerte?

CIPRIANO: De esta suerte.

***Saca la espada, tírale y no le topa***

DEMONIO: Aunque desnudo  
el acero contra mí

esgrimas fiero y sañudo,  
no me herirás; y porqué  
desesperen tus discursos,  
quiero que sepas que ha sido  
el Demonio el dueño tuyo.

CIPRIANO: ¿Qué dices?

DEMONIO: Que yo lo soy.

CIPRIANO: ¡Con cuánto asombro te escucho!

DEMONIO: Para que veas, no sólo  
que esclavo eres, pero cómo.

CIPRIANO: ¡Esclavo yo del Demonio!

¿Yo de un dueño tan injusto?

DEMONIO: Sí, que el alma me ofreciste,  
y es mía desde aquel punto.

CIPRIANO: ¿Luego no tengo esperanza,  
favor, amparo o seguro  
que tan gran delito pueda  
borrar?

DEMONIO: No.

CIPRIANO: Pues ya ¿qué dudo?

No ociosamente en mi mano  
esté a queste acero agudo;  
pasándome el pecho, sea  
mi voluntario verdugo.

Mas ¿qué digo? Quien de ti  
librar a Justina pudo  
¿a mí no podrá librarme?

DEMONIO: No, que es contra ti tu insulto;  
y Él no ampara los delitos,  
las virtudes sí.

CIPRIANO: Si es sumo  
su poder, el perdonar  
y el premiar será en Él uno.

DEMONIO: También lo será el premiar  
y el castigar, pues es justo.

CIPRIANO: Nadie castiga al rendido:  
yo lo estoy, pues le procuro.

DEMONIO: Eres mi esclavo, y no puedes  
ser de otro dueño.

CIPRIANO: Eso dudo.

DEMONIO: ¿Cómo, estando en mi poder  
la firma que con dibujos  
de tu sangre escrita tengo?

CIPRIANO: Él que es poder absoluto  
y no depende de otro  
vencerá mis infortunios.

DEMONIO: ¿De qué suerte?

CIPRIANO: Todo es vista,  
y verá el medio oportuno.

DEMONIO: Yo la tengo.

CIPRIANO: Todo es manos.

Él sabrá romper los nudos.

DEMONIO: Dejaréte yo primero  
entre mis brazos difunto.

***Luchan***

CIPRIANO: ¡Grande Dios de los cristianos!

A Ti en mis penas acudo.

***Arrójale de sus brazos***

DEMONIO: Ése te ha dado la vida.

CIPRIANO: Más me ha de dar, pues le busco.

***Vase cada uno por su puerta, y salen el GOBERNADOR y  
su GENTE, y FABIO haga relación sin barba***

GOBERNADOR: ¿Cómo ha sido la prisión?

FABIO: Todos en su iglesia estaban

escondidos, donde daban

a su Dios adoración.

Llegué con armadas gentes,

toda la casa cerqué,

prendílos, y los llevé

a cárceles diferentes;

y el suceso, en fin, concluyo

con decir que en esta ruina

prendí a la hermosa Justina

y a Lisandro, padre suyo.

GOBERNADOR: Pues si riquezas codicias,

puestos, honores y más,

¿cómo esas nuevas me das,

Fabio, sin pedirme albricias?

FABIO: Si así estimas mis sucesos,

las que me has de dar no ignoro.

GOBERNADOR: Di.

FABIO: La libertad de Floro

y Lelio, que tienes presos.

GOBERNADOR: Aunque yo con su castigo

parece que escarmentar

quise todo este lugar,

si la verdad, Fabio, digo,

otra es la causa por qué

presos han vivido un año,

y es que así de Lelio el daño

como padre aseguré.

Floro, su competidor,

tiene deudos poderosos;

y estando los dos celosos

y empeñados en su amor,

temí que habían de volver

otra vez a la cuestión;

y hasta quitar la ocasión,

no me quise resolver.

Con este intento buscaba

algún color con que echar  
a Justina del lugar;  
pero nunca le topaba.  
Y pues su virtud fingida  
no sólo ocasión me da  
hoy de desterrarla ya,  
mas de quitarla la vida.  
No estén más presos; y así  
a sus prisiones irás,  
y con brevedad traerás  
a Lelio y a Floro aquí.  
FABIO: Beso mil veces tus pies.  
¡Qué merced tan peregrina!

***Vase FLORO***

GOBERNADOR: Ya está en mi poder Justina,  
presa y convencida; pues  
¿qué espera mi rabia fiera,  
que ya en ella no ha vengado  
los enojos que me ha dado?  
A sangrientas manos muera  
de un verdugo.

***A un CRIADO***

Vos, mirad  
Que aquí la traigáis os mando  
hoy a la vergüenza dando  
escándalo a la ciudad;  
porque si en palacio está,  
nada a darla vida baste.

***Salen FABIO, LELIO y FLORO***

FABIO: Los dos por quien enviaste  
están a tus plantas ya.

LELIO: Yo, que al fin sólo deseo  
parecer tu hijo esta vez,  
no te miro como juez,  
con los temores de reo,  
sino como padre airado,  
con los temores de hijo  
obediente.

FLORO: Y yo colijo,  
viéndome de ti llamado,  
que es para darme, señor,  
castigos que no merezco.

Pero a tus plantas me ofrezco.

GOBERNADOR: Lelio, Floro, mi rigor  
justo con los dos ha sido,

porque, si no os castigara,  
padre, no juez me mostrara.

Pero teniendo entendido  
que en los nobles no duró  
nunca el enojo, y que ya  
quitada la causa está,  
intento piadoso yo  
haceros amigos luego.

En muestras de la amistad  
aquí los brazos os dad.

LELIO: Yo el venturoso a ser llevo  
en ser hoy de Floro amigo.

FLORO: Y yo de que lo seré  
doy mano y palabra.

GOBERNADOR: En fe  
de eso a libraros me obligo,  
que si el desengaño toco  
que de vuestro amor tenéis,  
no dudo que lo seréis.

### ***Dentro***

DEMONIO: ¡Guarda el loco! ¡Guarda el loco!

GOBERNADOR: ¿Qué es esto?

LELIO: Yo lo iré a ver.

***LELIO va a la puerta, y vuelve luego***

GOBERNADOR: En palacio tanto ruido,

¿de qué puede haber nacido?

FLOORO: Gran causa debe de ser.

LELIO: Aqueste ruido, señor,

--escucha un raro suceso--

es Cipriano, que al cabo

de tantos días ha vuelto

loco y sin juicio a Antioquía.

FLOORO: Sin duda que de su ingenio

la sutileza le tiene

en aqueste estado puesto.

TODOS: ¡Guarda el loco, guarda el loco!

***Salen TODOS, y CIPRIANO, medio desnudo***

CIPRIANO: Nunca yo he estado más cuerdo;

que vosotros sois los locos.

GOBERNADOR: Cipriano, pues, ¿qué es esto?

CIPRIANO: Gobernador de Antioquía,

virrey del gran César Decio,

Floro y Lelio, de quien

fui amigo tan verdadero,

nobleza ilustre, gran plebe,  
estadme todos atentos;  
que por hablaros a todos  
juntos a palacio vengo.  
Yo soy Cipriano; yo  
por mi estudio y por mi ingenio  
fui asombro de las escuelas,  
fui de las ciencias portento.  
Lo que de todas saqué  
fue una duda, no saliendo  
jamás de una duda sola  
confuso mi entendimiento.  
Vi a Justina, y en Justina  
ocupados mis afectos,  
dejé a la docta Minerva  
por la enamorada Venus.  
De su virtud despedido,  
mantuve mis sentimientos  
hasta que, mi amor pasando  
de un extremo en otro extremo,  
a un huésped mío, que el mar  
le dio mis plantas por puerto,  
por Justina ofrecí el alma,  
porque me cautivó a un tiempo  
el amor con esperanzas,  
y con ciencias el ingenio.  
De éste discípulo he sido,

estas montañas viviendo,  
a cuya docta fatiga  
tanta admiración le debo  
que puedo mudar los montes  
desde un asiento a otro asiento;  
y aunque puedo estos prodigios  
hoy ejecutar, no puedo  
atraer una hermosura  
a la voz de mi deseo.  
La causa de no poder  
rendir este monstruo bello  
es que hay un Dios que la guarda,  
en cuyo conocimiento  
he venido a confesarle  
por el más sumo y inmenso.  
El gran Dios de los cristianos  
es el que a voces confieso;  
que aunque es verdad que yo agora  
esclavo soy del infierno,  
y que con mi sangre misma  
hecha una cédula tengo,  
con mi sangre he de borrarla  
en el martirio que espero.  
Si eres juez, si a los cristianos  
persigues duro y sangriento,  
yo lo soy; que un venerable  
anciano, en el monte mesmo,

el carácter me imprimió  
que es su primer sacramento.  
Ea, pues, ¿qué aguardas? Venga  
el verdugo, y de mi cuello  
la cabeza me divida,  
o con extraños tormentos  
acrisole mi constancia;  
que yo rendido y resuelto  
a padecer dos mil muertes  
estoy, porque a saber llego  
que, sin el gran Dios que busco,  
que adoro y que reverencio,  
las humanas glorias son polvo,  
humo, ceniza y viento.

***Déjase CIPRIANO caerse boca abajo en el suelo***

GOBERNADOR: Tan absorto, Cipriano,  
me deja tu atrevimiento  
que, imaginando castigos,  
a ninguno me resuelvo.

***Pisándole***

Levántate.

FLOOR: Desmayado,  
es una estatua de hielo.

***Sacan presa a JUSTINA***

CRIADO: Aquí está, señor, Justina.

GOBERNADOR: (Verla la cara no quiero.) **Aparte**

Con ese vivo cadáver  
todos sola la dejemos;  
porque, cerrados los dos,  
quizá mudarán de intento,  
viéndose morir el uno  
al otro; o sañudo y fiero,  
si no adoraren mis dioses,  
morirán con mil tormentos.

***Vase el GOBERNADOR***

LELIO: Entre el amor y el espanto  
confuso voy y suspenso.

***Vase LELIO***

FLOOR: Tanto tengo que sentir

que no sé qué es lo que siento.

***Vase FLORO***

JUSTINA: ¿Todos os vais sin hablarme?

Cuando yo contenta vengo  
a morir, ¡aun no me dais  
muerte, porque la deseo!

***Yendo tras ellos, ve a CIPRIANO***

Mas sin duda es mi castigo,  
cerrada en este aposento,  
darme muerte dilatada,  
acompañada de un muerto,  
pues sólo un cadáver me hace  
compañía. ¡Oh tú, que al centro  
de donde saliste vuelves,  
dichoso tú, si te ha puesto  
en este estado la fe  
que adoro!

CIPRIANO: Monstruo soberbio,  
¿qué aguardas que no desatas  
mi vida en...?

***Vela CIPRIANO, y levántase***

¡Válgame el cielo!

(¿No es Justina la que miro?) **Aparte**

JUSTINA: (¿No es Cipriano el que veo?) **Aparte**

CIPRIANO: (Mas no es ella, que en el aire **Aparte**  
la finge mi pensamiento.)

JUSTINA: (Mas no es él: por divertirme, **Aparte**  
fantasmas me finge el viento.)

***Recelándose uno de otro***

CIPRIANO: Sombra de mi fantasía...

JUSTINA: Ilusión de mi deseo...

CIPRIANO: ...asombro de mis sentidos...

JUSTINA: ...horror de mis pensamientos...

CIPRIANO: ...¿qué me quieres?

JUSTINA: ...¿qué me quieres?

CIPRIANO: Ya no te llamo. ¿A qué efecto  
vienes?

JUSTINA: ¿A qué efecto tú  
me buscas? Ya en ti no pienso.

CIPRIANO: Yo no te busco, Justina.

JUSTINA: Ni yo a tu llamado vengo.

CIPRIANO: Pues ¿cómo estás aquí?

JUSTINA: Presa.

¿Y tú?

CIPRIANO: También estoy preso.

Pero tu virtud, Justina,  
dime, ¿qué delito ha hecho?

*Cóbranse los dos*

JUSTINA: No es delito, pues ha sido  
por el aborrecimiento  
de la fe de Cristo, a quien  
como a mi Dios reverencio.

CIPRIANO: Bien se lo debes, Justina;  
que tienes un Dios tan bueno  
que vela en defensa tuya.  
Haz tú que escuche mis ruegos.

JUSTINA: Sí hará, si con fe le llamas.

CIPRIANO: Con ella le llamo; pero  
aunque de él no desconfío,  
mis extrañas culpas temo.

JUSTINA: Confía.

CIPRIANO: ¡Ay, qué inmensos son  
mis delitos!

JUSTINA: Más inmensos  
son sus favores.

CIPRIANO: ¿Habrá

para mí perdón?

JUSTINA: Es cierto.

CIPRIANO: ¿Cómo, si el alma he entregado

al demonio mismo en precio

de tu hermosura?

JUSTINA: No tiene

tantas estrellas el cielo,

tantas arenas el mar,

tantas centellas el fuego,

tantos átomos el día,

ni tantas plumas el viento,

como Él perdona pecados.

CIPRIANO: Así, Justina, creo,

y por Él daré mil vidas.

Pero la puerta han abierto

***Saca FABIO a CLARÍN, MOSCÓN y LIVIA***

FABIO: Entrad, que con vuestros amos

aquí habéis de quedar presos.

***Vase FABIO***

LIVIA: Si ellos quieren ser cristianos,

¿acá qué culpa tenemos?

MOSCÓN: Mucha; que los que servimos  
harto gran delito hacemos.

CLARÍN: Huyendo del monte, vine  
de un riesgo a dar a otro riesgo.

***Sale un CRIADO***

CRIADO: A Justina y a Cipriano  
el gobernador Aurelio  
llama.

JUSTINA: ¡Dichosa seré  
si es para el fin que deseo! -  
No te acobardes, Cipriano.

CIPRIANO: Fe, valor y ánimo tengo;  
que si de mi esclavitud  
la vida ha de ser el precio,  
quien el alma dio por ti,  
¿qué hará en dar por Dios el cuerpo?

JUSTINA: Que en la muerte te querría  
dije; y pues a morir llego  
contigo, Cipriano, ya  
cumplí mis ofrecimientos.

***Vanse, y quedan los tres solos***

MOSCÓN: ¡Qué contentos a morir  
se van!

LIVIA: Mucho más contentos  
los tres a vivir quedamos.

CLARÍN: No mucho; que falta un pleito  
que averiguar; y aunque aquésta  
no es ocasión, por si luego  
no hay lugar, no será justo  
que echemos a mal el tiempo.

MOSCÓN: ¿Qué pleito es ése?

CLARÍN: Yo he estado  
ausente...

LIVIA: Di.

CLARÍN: ...un año entero,  
y un año Moscón ha sido  
sin mi intermisión tu dueño;  
y a rata por cantidad,  
para que iguales estemos,  
otro año has de ser mía.

LIVIA: ¿Pues de mí presumes eso,  
que había de hacerte ofensa?  
Los días lloraba enteros  
que me tocaba llorar.

MOSCÓN: Y yo soy testigo de ello;  
que el día que no era mío  
guardé a tu amistad respeto.

CLARÍN: Eso es falso, porque hoy

no lloraba cuando dentro  
de su casa entré, y con ella  
estabas tú muy de asiento.

LIVIA: No era hoy día de plegaria.

CLARÍN: Sí era, que, si bien me acuerdo,  
el día que me ausenté  
era mío.

LIVIA: Ése fue yerro.

MOSCÓN: Ya sé en lo que el yerro ha estado.

Éste fue año de bisiesto  
y fueron pares los días.

CLARÍN: Yo me doy por satisfecho,  
porque no lo ha de apurar  
todo el hombre. Mas ¿qué es esto?

***Suena gran ruido de tempestad, y salen TODOS,  
alborotados***

LIVIA: La casa se viene abajo.

MOSCÓN: ¡Qué confusión! ¡Qué portento!

GOBERNADOR: Sin duda se ha desplomado  
la máquina de los cielos.

***Durando la tempestad***

FABIO: Apenas en el cadalso  
cortó el verdugo los cuellos  
de Cipriano y de Justina  
cuando hizo sentimiento  
toda la tierra.

LELIO: Una nube,  
de cuyo abrasado seno  
abortos horribles son  
los relámpagos y truenos,  
sobre nosotros cae.

FLORO: De ella  
un disforme monstruo horrendo  
en las escamadas conchas  
de una sierpe sale, y, puesto  
sobre el cadalso, parece  
que nos llama a su silencio.

***Esto se haga como mejor pareciere. El cadalso se  
descubrirá con las cabezas y cuerpos, y el DEMONIO en alto,  
sobre una sierpe***

DEMONIO: Oíd, mortales, oíd  
lo que me mandan los cielos  
que en defensa de Justina  
haga a todos manifiesto.  
Yo fui quien, por disfamar

su virtud, formas fingiendo,  
su casa escalé, y entré  
hasta su mismo aposento;  
y porque nunca padezca  
su honesta fama desprecios,  
a restituir su honor  
de aquesta manera vengo.  
Cipriano, que con ella  
yace en feliz monumento,  
fue mi esclavo; mas, borrando  
con la sangre de su cuello  
la cédula que me hizo,  
ha dejado en blanco el lienzo;  
y los dos, a mi pesar,  
a las esferas subiendo  
del sacro solio de Dios,  
viven en mejor imperio.  
Ésta es la verdad, y yo  
la digo, porque Dios mismo  
me fuerza a que yo la diga,  
tan poco enseñado a hacerlo.

***Cae velozmente, y húndese el DEMONIO***

LELIO: ¡Qué asombro!

FLORO: ¡Qué confusión!

LIVIA: ¡Qué prodigio!

MOSCÓN: ¡Qué portento!

GOBERNADOR: Todos éstos son encantos  
que a queste mágico ha hecho  
en su muerte.

FLORO: Yo no sé  
si los dudo o si los creo.

LELIO: A mí me admira el pensarlos.

CLARÍN: Yo solamente resuelvo  
que, si él es mágico, ha sido  
el mágico de los cielos.

MOSCÓN: Pues dejando en pie la duda  
del bien partido amor nuestro  
a el mágico prodigioso  
pedid perdón de los yerros.

FIN DE LA COMEDIA

